

Image not found or type unknown



Núm 42 - ENERO 2025

Diásporas constructoras de paz

ICIP
✓

SUMARI

Introducción

- Diasporas constructoras de paz

Artículos centrales

- La participación de la diáspora en la construcción de paz
- Segunda y tercera generación, agentes esenciales para la construcción de paz
- Integrar la diáspora en la construcción de paz a través de políticas públicas
- El día a día en el Líbano: Sobrevivir a las continuas catástrofes provocadas por el hombre
- El exilio siriano: Del «hagamos algo» al «¿qué se puede hacer?»

Entrevista

- Entrevista con Zoya Miari, refugiada palestino-ucraniana

INTRODUCCIÓN

Diasporas constructoras de paz

ICIP

Instituto Catalán Internacional para la Paz

El 2024 se ha cerrado como uno de los años más convulsos y negativos para la paz en el mundo, con guerras abiertas en Palestina, Ucrania o Sudán, entre otras, que han provocado crisis humanitarias sin precedentes. El nivel de conflictividad e intensidad de la violencia es tal que el número de personas que han tenido que huir de su casa se eleva a 117 millones, el triple que hace doce años. De estas, 43 millones han buscado protección en otro país y, por lo tanto, se consideran refugiadas. En el mismo periodo de tiempo las solicitudes de asilo se han multiplicado por 7 y casi llegan a los 7 millones. Detrás de las cifras hay personas y familias con vidas truncadas que inician un nuevo camino desde la incertidumbre, la precariedad, el miedo y la tristeza.

Este volumen de desplazamiento forzado genera tensiones en los países de acogida, con dificultades para absorber la población en las condiciones y con los derechos que se merecen. Sin embargo, hay casos extraordinarios de solidaridad internacional, en todo el mundo. Es conveniente recordar que el 75% de las personas refugiadas han sido acogidas por países de renta media o baja. Pero también hay una tendencia creciente, a escala global, de discursos de odio hacia migrantes y refugiados.

Muchas de las personas expulsadas de su país de origen lo son por su activismo social y político en contra de regímenes autoritarios y/o grupos armados. Huyen para salvar la vida. Y se llevan su conocimiento y su compromiso con el bien común. Un capital social fundamental que les permite trabajar, desde el exterior, por el cambio político en su país de origen. Un compromiso, una experiencia y una tenacidad para reconstruir proyectos vitales que también pueden aportar en su país de acogida, siempre y cuando se les den las oportunidades para hacerlo.

El incremento en el número de conflictos armados y la multiplicación de las diferentes formas de violencia indican la necesidad de innovar en el análisis y las respuestas de construcción de paz. Se necesitan nuevos actores y nuevas herramientas para complementar la tarea de los gobiernos, las Naciones Unidas y las organizaciones de la sociedad civil.

“Las personas expulsadas de su país tienen un capital social y un compromiso fundamentales para trabajar, desde el exterior, por el cambio político”

En este sentido, desde el ICIP creemos que las diásporas tienen un potencial de acción que no recibe el reconocimiento necesario. Aplicamos una definición flexible del concepto de diáspora, que engloba personas migradas, refugiadas y exiliadas. Obviamente se trata de comunidades heterogéneas, que incluso pueden reproducir en el exterior las facciones y disputas políticas, étnicas, de clase y de género de su país de origen. Sin embargo, el elemento común es el vínculo emocional hacia el país de origen y la condición de «inmigrante» en el país de acogida. Este vínculo permite un diálogo en y desde la diversidad, en un contexto diferente al propio, que puede contribuir a unas nuevas dinámicas de relación y de poder con vocación de transformar los conflictos que han generado la migración, voluntaria o forzada.

Conscientes de este potencial, desde el área de trabajo “Memoria, convivencia y reconciliación” apostamos para visualizar las aportaciones que hacen las personas en la diáspora como constructoras de paz, posicionar su voz y dar apoyo a sus acciones. La construcción de paz es una tarea que engloba una amplia variedad de actuaciones para reducir todas las formas de violencia. Las actuaciones clásicas de las diásporas comprometidas con los cambios políticos son la sensibilización de la opinión pública y la documentación y la denuncia de las violaciones de derechos humanos.

Desde el ICIP apostamos también por el fomento del diálogo, a distintos niveles. En primera instancia, entre los diferentes grupos de la diáspora. Un diálogo para superar prejuicios y sanar heridas, que desde la memoria sobre los hechos traumatizantes, en el país de origen o en el proceso migratorio, permita establecer las bases para una convivencia actual y futura. En paralelo también se hace necesario multiplicar las iniciativas de diálogo entre la población migrada y la población y las instituciones de la sociedad de acogida. Un diálogo horizontal, desde la dignidad y el reconocimiento mutuo, que permita superar barreras institucionales y culturales y crear las condiciones para que las personas migradas puedan aportar a la sociedad de acogida su conocimiento y compromiso.

“Entendemos las diásporas como un conjunto heterogéneo de personas migradas, refugiadas y exiliadas, con un vínculo emocional y social hacia el país de origen”

La tarea del ICIP de apoyo a las diásporas recibió un impulso significativo a partir del acuerdo de colaboración con la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición de Colombia. Durante tres años (2019-2022) el ICIP ejerció la Secretaría Técnica de la Comisión en Europa y propició la articulación de un centenar de organizaciones sociales, académicas e institucionales, colombianas e internacionales, en diez países europeos, y la toma de 800 testimonios a víctimas residentes en Europa .

En paralelo, desde la línea de trabajo de “Violencias fuera de contextos bélicos” trabajamos, sobretodo, con organizaciones comprometidas con la paz y los derechos humanos en México y, más recientemente, también en Centroamérica. Por otra parte, a raíz de la invasión de Ucrania y la guerra contra Palestina hemos iniciado contactos con diásporas de aquellos dos países, así como de Siria y el Líbano .

Aparte del apoyo a organizaciones sociales, el ICIP apuesta también por la documentación y la producción de conocimiento. Dentro de la colección de libros “Eines

de pau, seguretat i justícia”, este 2025 publicaremos la metodología de trabajo con mujeres migrantes que ha llevado a cabo la organización Mujer Diáspora. Y recientemente hemos publicado el Informe ICIP Mujeres y construcción de paz desde la diáspora y el exilio en Europa, que aborda la relación entre diásporas, conflictos y construcción de paz desde una perspectiva de género. El documento describe cómo las diásporas se han revelado como espacios de empoderamiento, solidaridad, corresponsabilidad y apoyo mutuo, facilitando formas organizativas propias.

Ahora, con la publicación de este monográfico tenemos el propósito de profundizar en las identidades diaspóricas, como se conforman y varían con el paso del tiempo, y qué marcos normativos las reconocen, a nivel local, regional e internacional. También nos queremos fijar en las experiencias concretas de participación en procesos de construcción de paz y con las vivencias cotidianas de personas que se han visto forzadas a abandonar sus países a causa de la violencia.

“Con este monográfico queremos profundizar en las identidades diaspóricas, como se conforman y varían con el paso del tiempo, y qué marcos normativos las reconocen, a nivel local, regional e internacional”

En el primer artículo, Metka Herzog y Lisa Ott de swisspeace analizan la participación de personas refugiadas procedentes de Colombia y Siria en iniciativas de construcción de paz en sus países de destino, Suiza y Alemania respectivamente. El artículo pone de manifiesto como la participación es clave para el reconocimiento de las personas en el exilio y para su reparación simbólica.

Seguidamente, el monográfico se fija en las segundas y terceras generaciones en la diáspora. Las académicas Bahar Baser (Reino Unido) y Mari Toivanen (Finlandia) reflexionan sobre cómo los descendientes de las personas refugiadas pueden heredar traumas del pasado y, también, vincularse al compromiso con la paz. Así mismo, el

artículo constata la necesidad del trabajo en red y colaboración con actores locales, para lograr que la contribución sea efectiva.

El artículo de Fanny Tittel-Mosser, investigadora del International Center for Migration Policy Development, explora diferentes políticas públicas -desde la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, pasando por el Plan de Acción de la UE sobre integración e inclusión para el 2021-2027 y las agendas nacionales de Georgia o el Chad- y pone de manifiesto como los marcos normativos empiezan a reconocer el potencial de las diásporas en las actividades de construcción de la paz.

Tras estas reflexiones teóricas se incluyen las vivencias personales de tres personas que se han visto obligadas a migrar a causa de la violencia. En primer lugar, la activista libanesa Carmen Geha, exiliada en Cataluña, nos relata los efectos de la guerra sobre la población civil en el Líbano y las consecuencias de la migración, no sólo física, sino también psicológica y geográfica. La autora se centra en las mujeres activistas exiliadas que durante años lucharon por la libertad y la igualdad en un país gobernado por los señores de la guerra: “La migración nos aísla, ahora somos un individuo, no un colectivo”, explica. Sin embargo, confía en las semillas del consuelo y el cuidado, y mantiene la esperanza de poder trabajar por la reconstrucción del país desde la distancia.

**“Queremos dar a conocer y reconocer la tarea de
las personas migradas, refugiadas y exiliadas
para construir sociedades más justas y pacíficas
”**

También nos comparte el impacto emocional de la migración la activista y escritora siria Marcell Shehwaro, que reflexiona sobre cuál es la mejor manera de hacer activismo desde el exilio. Desde su experiencia personal, Shehwaro aboga por mantener el compromiso con el país de origen, con luchas visibles y activas, pero sin eclipsar las voces de dentro del país. Y al mismo tiempo, defendiendo, los derechos de las personas exiliadas en los países de acogida, en alianza con los movimientos locales.

Por último, publicamos una entrevista con Zoya Miari, refugiada palestino-ucraniana. Después de huir de la violencia de los campos de refugiados del Líbano, primero, y de la guerra de Ucrania, después, actualmente vive en Suiza, donde ha impulsado el proyecto “Waves to Home”, con el objetivo de romper estereotipos y falsas narrativas asociadas a la migración, el exilio y el refugio. Con tan sólo 22 años, Zoya Miari se ha erigido como Embajadora de Paz de la cumbre One Young World.

Esta publicación es un nuevo hito del ICIP al dar a conocer el trabajo de construcción de paz que hacen personas migradas, refugiadas y exiliadas. Un trabajo poco conocido y reconocido. Los artículos -algunos escritos por víctimas y supervivientes- reflejan la fuerza y el compromiso de construir sociedades más justas y pacíficas, desde luchas y demandas colectivas. Os invitamos a hacer una lectura atenta, con los corazones abiertos y sensibles.

Fotografía

Taller de movimiento de la actividad «Cuerpos Gramaticales» con la diáspora colombiana en Barcelona, 2017. Autora: Ingrid Guyon.

ARTÍCULOS CENTRALES

La participación de la diáspora en la construcción de paz

Metka Herzog y Lisa Ott

swisspeace

Hasta hace poco, el enfoque general hacia las diásporas consistía en ignorarlas por completo o bien en considerarlas con desconfianza y escepticismo en cuanto a sus intenciones, poder y capacidad. Actualmente, está cambiando la tendencia y se considera el potencial pacificador de la diáspora, incluyéndola en todas las fases de construcción de paz, ya sea por razones normativas o de utilidad. Sobre la base de enfoques inclusivos y centrados en las víctimas, los responsables de las políticas y los actores de la sociedad civil buscan a las comunidades de la diáspora como colaboradores en los proyectos de construcción de paz; sin embargo, estas comunidades se siguen viendo con recelo y dependen de la voluntad de los países de origen y de la comunidad internacional en lo referente a qué grupo de la diáspora y de qué forma se les involucra.

Este artículo destaca la participación de la diáspora y de los desplazados internos en las iniciativas de construcción de paz en Siria y Colombia, a partir de nuestra propia experiencia y también la de nuestros colegas de swisspeace, así como a una revisión de la literatura sobre la movilización de la diáspora y la justicia transicional. Además, analiza los desafíos y las oportunidades a los que se enfrentan los actores de la diáspora, destacando la importancia de la colaboración, la inclusividad y las asociaciones sostenibles. En general, este texto subraya la contribución indispensable de las comunidades de la diáspora para crear una paz duradera y sostenible.

Las razones por las que «las diásporas son sin duda importantes para la construcción de paz en el país de origen» (Shain y Barth, 2003, 45) son tanto morales, por sus

méritos, como por ver en ellas un valor añadido en este ámbito. Debido a su arraigo en diversos lugares (Horst, 2018), a la diáspora se le atribuye un inestimable conocimiento específico del contexto del país de origen y un potencial para tender puentes a través de sus redes en los países de acogida. No solo pueden contribuir a la paz con sus perspectivas, experiencias y habilidades únicas, sino que incluir las diásporas y sus voces, también como víctimas y supervivientes, en la reconciliación puede ser una contribución al reconocimiento y, por tanto, una reparación simbólica.

Los llamamientos a una mayor inclusión de los actores locales y la importancia del derecho a la verdad en el derecho internacional crean un espacio para que los desplazados internos y la diáspora participen en la transformación de los conflictos y en los procesos de paz. Esto tiene implicaciones posteriores a la hora de influir en el papel de las diásporas en el futuro del país de origen en un escenario de reconstrucción posconflicto (Wiebelhaus-Brahm, 2016) y puede contribuir a la búsqueda de soluciones duraderas para la paz y el desplazamiento.

“Incluir a las diásporas y sus voces en la reconciliación, sus perspectivas y experiencias, también como víctimas y supervivientes, es una contribución al reconocimiento y, por tanto, son reparaciones simbólicas”

Las comunidades de la diáspora, definidas aquí por su movilización política, han mantenido históricamente vínculos sólidos con su país de origen al mismo tiempo que se integraban en sus países de acogida. Éstos surgen gracias a la movilización política de los emprendedores. Como actores transnacionales, se considera que las diásporas poseen recursos, redes y experiencias únicos que hacen que resulten esenciales en los procesos de construcción de paz en las regiones afectadas por conflictos.

Es fundamental reconocer el potencial de acción y liderazgo entre la diáspora ya que hay que tener en cuenta que los promotores de paz y los activistas de derechos

humanos se encuentran entre los más vulnerables a sufrir desplazamientos forzados (Peace Direct, 2022). Gracias a su conocimiento del contexto y a su interés personal en la construcción de paz, están bien situados para influir en la situación política del país de origen. Esto puede hacerse directamente, participando en las negociaciones de paz o interactuando con los actores políticos y los promotores de paz sobre el terreno, o indirectamente, a través del activismo, ejerciendo presión para concienciar acerca de los problemas relacionados con los conflictos y para movilizar el apoyo internacional.

La diplomacia cultural y las iniciativas de reconciliación son otro aspecto clave en el papel de la diáspora en la construcción de paz, ya que muchas comunidades utilizan el arte, la música y la narración de historias para promover el diálogo, la curación y el entendimiento entre las partes en conflicto (Kalnazarova, 2020). Asimismo, incluir a las comunidades de la diáspora que han sido desplazadas por el conflicto en las iniciativas de reconciliación tiene una función importante en la creación de un registro exhaustivo y preciso de los crímenes del pasado (Koinova y Karabegovic, 2016).

“Es fundamental reconocer el potencial de acción y liderazgo de la diáspora ya que las personas constructoras de paz y activistas de derechos humanos son de las más vulnerables a sufrir desplazamientos forzados”

Este artículo explora las reivindicaciones cambiantes de lo nacional a lo global, y se centra en ejemplos de Siria y Colombia, dos países que han experimentado conflictos prolongados y han visto una participación significativa de la diáspora en iniciativas para construir una paz sostenible. Destacamos la investigación y el compromiso de Swisspeace con los desplazados sirios en Alemania y los desplazados internos en Siria como primer ejemplo (Mayoraz, 2023) y con la diáspora colombiana en Suiza (Beristain, Franco and Ott, Wiesman 2023).

Participación política de los desplazados sirios

Siria ha visto desplazamientos masivos, con millones de personas sirias que ahora son refugiadas o desplazadas internas. Esta experiencia de desplazamiento plantea importantes desafíos para su inclusión en los procesos políticos y de construcción de paz. A pesar de que el levantamiento sirio de 2011 actuó como factor unificador que politizó a los ciudadanos sirios en el extranjero, la escalada del conflicto, con el aumento de la etnización y la radicalización en Siria, también afectó a los patrones de movilización de la diáspora en Europa (Consejo Danés para los Refugiados, 2018). La fragmentación política, étnica y religiosa, y la consiguiente falta de confianza entre los grupos sirios, frustran la organización constructiva, paralizada aún más por el poder extraterritorial del autoritario país de origen.

En el ámbito internacional, la Resolución 2254 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hizo de la inclusividad uno de sus ocho principios rectores para una mediación eficaz. La participación del pueblo sirio se considera de suma importancia para determinar el futuro del país, incluso al procurar el regreso seguro y voluntario de los refugiados y los desplazados internos a sus lugares de origen. Staffan de Mistura, como enviado especial de la ONU para Siria en 2016, puso en marcha la Sala de Apoyo a la Sociedad Civil (CSSR, por sus siglas en inglés); se trataba de invitar a los actores de la sociedad civil siria, incluidos los de la diáspora, a compartir sus puntos de vista con el equipo de mediación paralelamente a las negociaciones formales (Turkmani y Theros, 2019). Desde el principio, se encargó a swisspeace que facilitara la participación de la sociedad civil en las conversaciones internas de Siria en Ginebra a través de la CSSR. Con el proceso político de las conversaciones formales en punto muerto, este mecanismo ha permitido a los distintos miembros de la sociedad civil seguir intercambiando puntos de vista y ejercer presión sobre las partes del conflicto para que trabajen en pro de una solución política dentro de la CSSR (Siegfried, 2019).

“A pesar de los obstáculos, la diáspora siria y los desplazados internos han encontrado formas de implicarse en la vida civil y política de su país desde la distancia”

Sin embargo, incluso con un espacio organizado e institucionalizado para los actores de la sociedad civil que se considera que establece nuevas normas para la práctica de la mediación inclusiva (Hellmüller y Zahar, 2018), en la práctica se excluyó a la sociedad civil de realizar aportaciones a las decisiones operativas (Mayoraz, 2023). La diáspora siria, en particular la de los desplazados por el conflicto, podría carecer de la influencia o el peso político necesarios para defender eficazmente sus derechos e intereses en los escenarios formales de construcción de paz. La mayoría de los refugiados y los desplazados internos, que se posicionan en contra del gobierno de Assad, corren el riesgo de perder su espacio en la sociedad siria y no logran avances en los debates sobre cuestiones vitales, como el regreso seguro y digno a Siria.

El papel del desplazado como actor potencial se define en gran medida mediante el reconocimiento del Estado de origen (Toivanen y Baser, 2020), lo que demuestra la instrumentalización de las diásporas por parte de los Estados con el fin de controlar las poblaciones en el extranjero. Aunque el gobierno sirio ha expresado algunas veces su voluntad de colaborar con los refugiados y fomentar su regreso al país, esta retórica suele ir acompañada de llamamientos a la lealtad al gobierno y puede verse como un intento de reforzar el apoyo al régimen más que como un interés genuino en incluir a los refugiados en los procesos de consolidación de la paz.

A pesar de los obstáculos, la diáspora siria y los desplazados internos han encontrado formas de implicarse en la vida civil y política de su país desde la distancia, centrándose en formas de participación informales. Esto incluye proporcionar ayuda humanitaria y apoyo a los refugiados (Mayoraz, 2023). Mediante la recaudación de fondos y la coordinación con ONG internacionales, han proporcionado alimentos, material médico y recursos educativos a civiles de regiones devastadas por la guerra.

Por otro lado, la diáspora más joven que participó en el levantamiento sirio tiende a centrarse más en el activismo y la sensibilización internacional y en el apoyo a los actores de la oposición (Mayoraz, 2023). Han organizado protestas, campañas en los medios de comunicación y acciones de presión para poner de relieve las violaciones de los derechos humanos y presionar a los gobiernos y a las organizaciones internacionales para que actúen. Por ejemplo, el apoyo que han prestado los

supervivientes de torturas, abogados de derechos humanos y activistas sirios al Centro Europeo de Derechos Constitucionales y Humanos (ECCHR) para poner en marcha casos de jurisdicción universal contra miembros del gobierno sirio como parte de los juicios de Coblenza puede considerarse una forma de construcción de paz a través de la justicia (ECCHR, x). Aunque los juicios fueron llevados a cabo por la judicatura alemana, la diáspora siria desempeñó un papel crucial en el apoyo al proceso jurídico, aportando tanto pruebas de las atrocidades cometidas por el gobierno sirio, como experiencia y activismo para garantizar que se hiciera justicia para las víctimas de abusos contra los derechos humanos. Al gozar de una relativa autonomía al operar desde el extranjero, la diáspora podía recabar información y testificar, lo que no era posible para la población siria que estaba en el país (Cavallaro, 2022).

“Sin un camino claro hacia la paz, los refugiados sirios en Europa han expresado desesperación e impotencia, y se han centrado en la ayuda humanitaria a pequeña escala”

Dada la falta de perspectivas para una resolución del conflicto, para los sirios en Alemania desplazaron su acción hacia el apoyo a la integración de los refugiados en aquel país (Mayoraz, 2023). Construir una nueva vida en Alemania ha sido una experiencia difícil para los refugiados que, en primer lugar, afirman revivir experiencias traumáticas con graves consecuencias para su salud física y mental. En segundo lugar, su inseguridad y la falta de paz se perpetran a través de la amenaza continua a la que podrían enfrentarse las personas en los países de destino (miedo a que los servicios secretos vigilen las actividades en el extranjero) y la preocupación continua por las personas que se han dejado atrás. En tercer lugar, existen incertidumbres para los solicitantes de asilo que (aún) no han obtenido la residencia legal de larga duración (Dijkema, Grossenbach y Herzog, 2024). El temor a ser devueltos a Siria está muy presente entre los sirios en Alemania, por lo que la cuestión de no reconocer Siria como un espacio seguro sigue siendo central en términos de los objetivos de su activismo (Mayoraz, 2023).

Es evidente que la fase del conflicto influye en la participación de la diáspora (Van Hear y Cohen, 2017). Sin un camino claro hacia la paz, los refugiados sirios en Europa han expresado sentimientos de desesperación e impotencia, por lo que se han centrado en la ayuda humanitaria a pequeña escala y el apoyo a los refugiados. El segundo ejemplo de este artículo mostrará cómo la inclusión de la diáspora en la construcción de paz puede adoptar diferentes formas si se ha alcanzado una paz negociada o un acuerdo.

Participación de la diáspora colombiana en el tratamiento del pasado y la construcción de paz

Más de cinco décadas de conflicto armado interno en Colombia han provocado que 6,8 millones de colombianos huyan dentro del país (ACNUR, 2024) y más de un millón huyan a países vecinos, otros países latinoamericanos, Norteamérica, Europa, Australia y otros lugares. Dado que muchos de ellos habían sido políticamente activos en Colombia, continuaron su activismo durante su marcha y al llegar a sus países de acogida. Así, las redes informales de solidaridad, de construcción de paz y de activistas políticos existen fuera de Colombia ya desde las décadas de 1950 y 1960.

Del 2018 al 2022, la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV) de Colombia, creada sobre la base del Acuerdo de paz de 2016 entre el Gobierno colombiano y el grupo guerrillero FARC-EP, se convirtió en la primera comisión de la verdad del mundo que, de forma sistemática, llevó a cabo una búsqueda extraterritorial de la verdad con la diáspora.

“La recopilación de más de 2.100 testimonios de la diáspora colombiana subraya el importante papel que pueden desempeñar las poblaciones desplazadas en revelar la verdad y contribuir a la curación y reconciliación de una nación”

Su labor extraterritorial para recabar testimonios de la diáspora colombiana demuestra el potencial de la movilización de la diáspora en los procesos de tratamiento del pasado (lo que también se denomina *justicia transicional*) que son un elemento esencial de una construcción de paz sostenible. La recopilación de más de 2.100 testimonios de la diáspora subraya el importante papel que pueden desempeñar las poblaciones desplazadas a la hora de revelar la verdad sobre las violaciones de los derechos humanos y contribuir al proceso de curación y reconciliación de una nación.

Durante la fase de preparación, que duró seis meses, se encargó al comisionado Carlos Martín Beristain centrar sus esfuerzos en la «Colombia fuera de Colombia», la diáspora, que tenía representación en casi todos los países del mundo. Basándose en los contactos internacionales previamente existentes en la red de la CEV, el comisionado puso en marcha el proceso en más de 24 países viajando a cada uno de ellos, llamando a las puertas y creando alianzas.

Cuando la Comisión concluyó su mandato en 2022, el informe final contaba con un capítulo completo titulado «Las verdades del exilio. La Colombia fuera de Colombia» que estaba dedicado a las historias, la resistencia y los retos de los colombianos en el exilio. Pero, más allá de la publicación de un informe escrito, en muchos lugares el proceso tuvo resultados de mayor alcance: varias de las personas que aportaron su testimonio a la CEV en el proceso mencionaron que aquel era un momento importante para experimentar oficialmente el reconocimiento de su trabajo, resistencia y dolor (Wiesman 2023). También contribuyó al reconocimiento la ceremonia pública que la CEV celebró en Bogotá para dar visibilidad a las historias y las luchas de los exiliados. Además, en muchos casos, el proceso contribuyó a reforzar la comunicación y la colaboración entre las víctimas (más allá de las divisiones generadas por el conflicto).

“El proceso de la Comisión de la Verdad de Colombia fue en gran medida desde las bases hacia las élites, con un enfoque innovador, de aprendizaje sobre la marcha y paso a paso”

En otros casos, no se pudieron cumplir las expectativas y el proceso provocó frustraciones, ya que las redes preexistentes se debilitaron en cierta medida debido a la concentración temporal del trabajo de la CEV. Tras la pandemia de COVID-19 y la presidencia de Iván Duque, que no valoró el acuerdo de paz y no dio prioridad a su implementación, muchas personas se sintieron agotadas y desmotivadas durante algún tiempo.

Aunque el proceso fue puesto en marcha formalmente por la CEV en Bogotá, el enfoque innovador, de aprendizaje sobre la marcha y paso a paso, las diferentes realidades de los distintos países anfitriones y las diferentes situaciones de financiación hicieron que el proceso fuera también en gran medida desde las bases hacia las élites (*bottom-up*) (Franco y Ott 2023).

Conclusiones

Los ejemplos de participación de la diáspora en las iniciativas de construcción de paz de Siria y Colombia revelan tanto puntos en común como de desacuerdo que ponen de relieve las complejidades y el potencial de implicar a las poblaciones desplazadas en la resolución de conflictos y la mirada del pasado.

Las dos iniciativas mostradas, que comenzaron como acciones descendentes de la ONU o gubernamentales, demuestran que aún queda trabajo por hacer desde las bases hacia las élites (*bottom-up*). El sentimiento de propiedad entre los participantes era fuerte; no eran meros usuarios pasivos o beneficiarios de la CSSR o de la Comisión de la Verdad (Turkami y Theros, 2019, Franco y Ott, 2023). Ambos procesos se han desarrollado a lo largo del tiempo, con diferentes participantes que han desempeñado un papel activo en el replanteamiento del diseño. La arquitectura flexible de la Comisión de la Verdad colombiana permitió ajustarse a las diferentes realidades de los distintos países de acogida de la diáspora, mientras que la CSSR pasó de contar en un principio con la participación predominante de quienes vivían fuera de Siria a ser más inclusiva para la sociedad civil de las zonas controladas por el régimen. A partir de esta apropiación por parte de la diáspora, ambos procesos condujeron a resultados positivos en cuanto a ruptura de barreras y transformación de puntos de vista

contrapuestos.

“Una perspectiva transnacional que reconozca a las personas migrantes ofrece la oportunidad de construir sociedades pacíficas e inclusivas en aras de una paz sostenible y a largo plazo, para sus países de origen y de acogida”

Al tiempo que subrayamos la importancia de la inclusión en los procesos de construcción de paz, nuestras conclusiones también muestran que el trabajo desde las bases hacia las élites (*bottom-up*) conlleva una lucha para los individuos implicados: discrepar y negociar con otros participantes sobre la estrategia, presionar a las élites o gobiernos y hacer frente a las expectativas que no se cumplen. Complejos y desordenados, los conflictos y la consolidación de paz no son procesos lineales bien definidos. Esto tiene implicaciones.

A lo largo del conflicto, en las diferentes etapas de aplicación de los acuerdos de paz y en diferentes situaciones políticas, las prioridades de la diáspora cambian. Dependiendo de la fase en la que se encuentre el proceso de paz, se necesitan actividades diferentes para su participación. Al mismo tiempo, dado que los procesos de negociación de paz son complejos y no lineales, es difícil tener una estrategia de información clara hacia la diáspora para aclarar a qué va a llevar la participación. Por ello, es fácil crear expectativas que no se puedan cumplir.

La participación de la diáspora también puede resultar agotadora, ya que los refugiados se esfuerzan por integrarse en sus nuevos países de residencia. Por lo tanto, el nexo paz-migración nos insta a estudiar la construcción de paz en diferentes lugares y traspasando fronteras (Krause y Segadlo, 2021), incluidos los países de acogida.

Reconocer las diferentes experiencias vividas en sus países de origen y que pueden darse en los países de acogida aporta nuevas narrativas y perspectivas. Los programas y proyectos de construcción de paz, como por ejemplo las iniciativas de verdad y

reconciliación, se benefician de la inclusión de voces transnacionales, ya que pueden crear espacios para tender puentes entre las diferentes perspectivas de las personas que se han quedado, han sido desplazadas, han huido o han regresado. Una perspectiva transnacional que reconozca a las personas migrantes, a las que se quedan y a las que regresan como promotores de paz ofrece, por tanto, la oportunidad de construir sociedades pacíficas e inclusivas en aras de una paz sostenible y a largo plazo para sus países de origen y de destino.

Este artículo ha sido traducido del original, en inglés.

Sobre las autoras

Metka Herzog

Coordinadora de investigación de [swisspeace](#), Swiss Peace Foundation, y profesora de Ciencia Política en la Universidad de Basel (Suiza). Sus temas de interés son las movilidades altamente calificadas, las políticas de migración y el compromiso cívico de los migrantes. Máster en Estudios de Desarrollo Internacional por la Universidad de Utrecht y doctorada en Políticas Públicas y Análisis de Políticas por la Universidad de Maastricht (Países Bajos).

Lisa Ott

Responsable del programa [Dealing with the Past](#) de [swisspeace](#). Se incorporó a [swisspeace](#) en 2014 y se centra en la participación de víctimas, archivos y desapariciones forzadas en el marco del derecho a la verdad. Tiene un máster y un doctorado sobre desaparición forzada en derecho internacional por la Universidad de Lucerna y un certificado de Derecho Transnacional por la Universidad de Ginebra (Suiza).

Anteriormente había trabajado en la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos (OHCHR) de las Naciones Unidas en Colombia y Nepal haciendo seguimiento de la situación de los defensores de los derechos humanos en riesgo, reparaciones y

restitución de tierras en el contexto de los procesos de paz. También ha trabajado con ONGs de El Salvador sobre derechos indígenas y migración.

Fotografía

Taller de arpilleras de la actividad «Cuerpos Gramaticales» con la diáspora colombiana en Barcelona, 2017. Autora: Ingrid Guyon.

ARTÍCULOS CENTRALES

Segunda y tercera generación, agentes esenciales para la construcción de paz

Mari Toivanen y Bahar Baser

Toivanen es investigadora en la Universidad de Helsinki, Finlandia. Baser es catedrática en la Escuela de Gobierno y Asuntos Internacionales, Universidad de Durham, Reino Unido

Durante las últimas décadas, la investigación ha mostrado que las diásporas pueden desempeñar un papel importante en las iniciativas de construcción de paz. Utilizando estudios de caso desde Irlanda del Norte hasta Sri Lanka, los académicos han argumentado que las diásporas muestran voluntad de actuación mediante envíos de dinero o actuando como puentes sociales y culturales entre su país de origen y el país de acogida. Por ejemplo, las diásporas pueden llegar a participar en iniciativas de presión y activismo, o contribuir a través de la transferencia de experiencias y conocimientos. Gracias a sus amplias redes nacionales y transnacionales, también pueden contribuir a la reconciliación y la prevención de conflictos.^[1]

Este trabajo de concienciación sobre la función de las diásporas en los procesos de paz y conflicto las ha hecho visibles en escenarios de construcción de paz. Los responsables políticos y otros actores han empezado a prestar atención a las cuestiones relacionadas con la condición de víctima y la justicia incluyendo a los miembros de la diáspora en su agenda, de forma práctica o discursiva. Aunque durante mucho tiempo los estudios sobre las iniciativas de construcción de paz han tenido en cuenta a los miembros de la diáspora de primera generación que migraron principalmente por causas relacionadas con conflictos, el papel que pueden tener las llamadas segunda y tercera generación de la diáspora en gran medida se ha subestimado. Si bien se ha centrado la atención en la llamada primera generación —los

migrantes que han llegado a un nuevo país de acogida—, sus hijos y nietos parecen estar menos interesados en las cuestiones relacionadas con el país de origen de sus padres. Así, pues, participan en menor medida, si es que lo hacen, en las esferas política y cívica de su tierra ancestral.

“Las diásporas pueden participar en iniciativas de presión y activismo, y contribuir a la reconciliación y la prevención de conflictos gracias a sus amplias redes nacionales y transnacionales”

Los estudios han mostrado que la segunda y la tercera generación siguen interesándose por los acontecimientos del lugar de origen de sus padres. Sin embargo, lo hacen en menor grado que sus padres y, significativamente, de una forma diferente. [2] Los descendientes de la primera generación están integrados en los espacios sociales que trascienden mucho más allá de las esferas políticas y nacionales de sus países de nacimiento. Esto significa que se familiarizan con la tierra natal de sus ancestros a través de relaciones de parentesco existentes, de narrativas y de información de los acontecimientos del país de origen en los medios de comunicación. En ocasiones, los hijos de los migrantes pueden incluso tener doble nacionalidad y participar directamente a través de esa condición en los espacios políticos e institucionales del país de origen de sus padres.

Hay distintos factores, como las redes preexistentes, los vínculos familiares o las estructuras asociativas a las que tienen acceso los miembros de la segunda y la tercera generación debido a la migración de sus padres, que favorecen sus iniciativas de construcción de paz. Además, los miembros de la segunda generación, a menudo más familiarizados con los espacios y las herramientas virtuales, pueden recurrir a medios tecnológicos para ser políticamente activos en el lugar de origen de sus padres. No es excepcional que la segunda y, hasta cierto punto, la tercera generación, también se

identifiquen parcialmente con la etnia de sus padres, al tiempo que se identifican como ciudadanos de su país de nacimiento.

“Durante mucho tiempo los estudios sobre construcción de paz han tenido en cuenta a los miembros de la diáspora de primera generación, y el papel que pueden tener las segundas y terceras generaciones se ha subestimado”

Los conflictos obligan a la gente a migrar. La formación de diásporas suele producirse después del desplazamiento debido a la falta de condiciones de seguridad para las personas en el país de origen. Sin embargo, en otros casos, los acontecimientos políticos en el país de origen generan motivaciones para la movilización política en dicho lugar. Normalmente la primera generación lidera la política de la diáspora y forma la mayoría de las redes de la diáspora, que más adelante heredan o transforman las siguientes generaciones.

Las generaciones futuras no son inmunes a los conflictos del lugar de origen y también se ven afectadas por conflictos actuales o anteriores de formas distintas. A través de revivir el pasado y de mecanismos de acceso a la posmemoria, algunos miembros de las comunidades de la diáspora pueden heredar traumas culturales y la voluntad de actuar en favor de la construcción de paz y la justicia, tratando de corregir los errores que afectaron a las trayectorias vitales de sus antepasados[3]. Pueden haber formado identidades híbridas y desarrollado lealtades a múltiples contextos. Esta postura transnacional conlleva oportunidades y desafíos a la hora de involucrarse en asuntos políticos en contextos tanto del país de acogida como del de origen. Esta transnacionalidad no solo da forma a las experiencias vividas por la segunda y la tercera generación, sino que también puede apreciarse en sus esfuerzos por participar en la construcción de paz en su lugar de origen. Antes de profundizar en ejemplos concretos trataremos brevemente los factores que propician y obstaculizan estos esfuerzos.

Factores que configuran la participación transnacional de las diásporas

A menudo la política de la diáspora se ha abordado a través de la relación triádica entre el país de origen, el país de acogida y la diáspora. Según este punto de vista, uno de los principales factores que determinan las posibilidades de las diásporas de movilizarse y participar en los asuntos de su lugar de origen, incluyendo iniciativas de construcción de paz, son las estructuras de oportunidad política e institucional tanto del país de origen como del país de acogida, que hacen referencia a los derechos políticos y sociales legales de los miembros de la diáspora, incluidos los de sus descendientes, las leyes de ciudadanía y las políticas sociales.

La diáspora puede participar en los procesos políticos del país de origen mediante el voto a distancia si conserva su ciudadanía de origen y siempre que este sea legalmente posible para los antiguos residentes que mantienen la nacionalidad. Turquía es un ejemplo de ello. Los miembros de la diáspora pudieron votar en las elecciones presidenciales de 2014 y en las elecciones parlamentarias de 2015. En las elecciones de 2023, los integrantes de la diáspora turca conformaban un electorado de 400.000 personas en Francia y alcanzaban la impresionante cifra de 1,5 millones en Alemania.

Además, las estructuras de oportunidad discursivas —es decir, la forma en que los miembros de la diáspora pueden difundir su mensaje en la esfera pública y cómo pueden moldear el discurso público para recabar apoyos— también pueden tener consecuencias en la configuración de las posibilidades que tienen los miembros de la diáspora y sus descendientes de participar en los asuntos políticos de su tierra ancestral. Encontramos un ejemplo de ello en la diáspora kurda en Europa, que difundió con éxito su mensaje en el espacio mediático europeo durante el ataque del ISIS a la pequeña ciudad kurda de Kobane, en Siria, durante el invierno de 2014 y 2015. En particular, la narrativa de las guerrilleras kurdas que combatían a los terroristas del ISIS fue potente y se utilizó para presionar a los gobiernos europeos en busca de apoyo.

[4]

“Distintos factores favorecen las iniciativas de construcción de paz de las diásporas, como las redes preexistentes, los vínculos familiares o las estructuras asociativas a las que tienen acceso los miembros de la segunda y la tercera generación”

Las relaciones bilaterales y diplomáticas entre el lugar de origen y el país de establecimiento son un factor que configura la participación transnacional de los miembros de la diáspora y que hace que sea posible o imposible. Uno de los ejemplos más recientes procede de la diáspora rusa, en particular, de aquellos miembros que se oponen al gobierno actual. El espacio de participación en la esfera política rusa se ha visto aún más limitado por los obstáculos de las relaciones diplomáticas entre Rusia y los países en los que se ha formado la diáspora rusa. Se ha sugerido que tiene sentido añadir la «comunidad global», es decir, los actores internacionales de diferentes grupos, a esta relación triádica entre el lugar de origen, el país de acogida y la diáspora. [5] Por último, la dimensión transnacional también es un aspecto fundamental que debe incluirse, ya que la acción de los miembros de la diáspora se basa en redes, afiliaciones, prácticas y narrativas transnacionales, ya sean preexistentes o de nueva creación. Las redes y las asociaciones transnacionales de la diáspora son un factor que puede promover de forma significativa la participación en los procesos políticos de la tierra de los ancestros o, en su defecto, impedirla.

La segunda y la tercera generación están más integradas y familiarizadas con las estructuras de oportunidad política e institucional de su país de nacimiento, el país de acogida de sus padres. Sus padres, en cambio, podrían estar más familiarizados con las estructuras del país de origen. Del mismo modo, las iniciativas de construcción de paz de la segunda y la tercera generación pueden diferir significativamente de las de sus padres y abuelos. Por lo tanto, es crucial no abordarlas desde las mismas perspectivas analíticas. De hecho, existe el riesgo de pasar por alto algunos aspectos clave, como se analizará a continuación.

El impacto de las iniciativas de construcción de paz de la segunda y la tercera generación

A través de la circulación de la diáspora abordamos la participación transnacional de segunda y tercera generación, incluso en las iniciativas de construcción de paz. Mediante este concepto, nos referimos a compromisos y acciones transnacionales a través de los cuales los descendientes de migrantes pretenden mejorar las condiciones del lugar de origen de sus padres, ya sea a distancia (tanto en línea como fuera de línea) o *in situ*. Sus acciones pueden efectuarse a través de medios institucionales o no e incluyen también la migración temporal y las visitas de corta duración; los envíos económicos, sociales y «políticos» (como el voto a distancia); los grupos de presión; la prestación de apoyo logístico en situaciones de crisis políticas; y el activismo político en línea, como los blogs, las campañas de sensibilización, etc.

“A través de revivir el pasado, las personas de la diáspora pueden heredar traumas culturales y la voluntad de actuar en favor de la construcción de paz y la justicia, tratando de corregir los errores que afectaron a las trayectorias vitales de sus antepasados”

Especialmente durante los procesos de paz y las fases posteriores a los conflictos, el interés de los miembros de la diáspora de segunda generación por los asuntos del país de origen puede reactivarse debido a acontecimientos políticos significativos, y su activismo transnacional puede hacerse más visible y sostenido. Los miembros de la diáspora inactivos que no participaban activamente en la política de la diáspora podrían preferir hacerlo en momentos críticos. En estos casos, existen ventanas de oportunidad para que ejerzan influencia en los procesos de toma de decisiones en su país de origen y en el país de acogida. Para que la segunda generación pueda contribuir a la construcción de paz, debemos comprender que hay varios factores en juego.

En primer lugar, uno de los factores es el panorama político del país. Tomando como ejemplo la guerra de Rusia en Ucrania, que ha dado lugar a la formación de nuevos movimientos de diáspora de ambos países, los planteamientos de los Estados son muy diferentes y están abiertos a la influencia de la diáspora en ambos casos. Cuando la atmósfera política es más abierta, los miembros de la diáspora de segunda generación pueden comprometerse con los actores del país de origen implicados en iniciativas de construcción de paz y colaborar en proyectos dispuestos a aportar un cambio positivo.

La segunda generación tiene el potencial de contribuir a la sociedad civil nacional y transnacional y de movilizar el apoyo de la agenda de paz que o bien está radicada en el país de origen o bien es alentada por el activismo transnacional. El enfoque del lugar de origen hacia la diáspora, concretamente hacia las nuevas generaciones de la diáspora, resulta crucial en estos casos. ¿Se les acepta como actores legítimos en los procesos de construcción de paz? ¿Se les relega a un segundo plano y se les limita a espectadores de estos procesos emprendidos por los actores del país de origen, o se acepta su acción y se les percibe como una voz legítima? Esto depende del tipo de conflicto, de las expectativas de los actores del país de origen respecto a la diáspora y de la influencia que esta pueda tener en los procesos políticos, entre otros factores.

“Especialmente durante los procesos de paz y el postconflicto, el interés de las segundas generaciones por los asuntos del país de origen puede reactivarse y su activismo transnacional puede hacerse más visible y sostenido”

En segundo lugar, es fundamental la buena disposición de la segunda generación a contribuir a un cambio positivo en el país de origen. No obstante, esto no es suficiente para hacer contribuciones significativas, ya que a veces tienen que hacer frente a dificultades a pesar de su voluntad y su influencia. La construcción de paz suele producirse durante transiciones políticas que, por lo general, están cargadas de inestabilidad política. El panorama político del país de origen puede estar marcado por

la tensión, la rivalidad política y la desconfianza. Y la desconfianza y las divisiones entre los diferentes grupos étnicos, religiosos o sociales pueden suponer desafíos para las iniciativas de reconciliación. Superar las enemistades históricas y fomentar la confianza es un proceso complejo y que conlleva mucho tiempo.

Las élites políticas del país de origen pueden percibir a las diásporas como una amenaza para la seguridad o una fuente de inestabilidad. Además, las diásporas pueden percibirse como disidentes o como personas que abandonaron el país en conflicto, por lo que puede cuestionarse su legitimidad durante la transición política. Existe literatura que muestra que las intervenciones de la diáspora a veces no son bien recibidas por las élites políticas ni por las personas que han permanecido en el país de origen.^[6] Las personas que permanecieron en el país en tiempos de adversidad podrían cuestionar las intervenciones de la diáspora y no considerar sus acciones como orgánicas para la sociedad que dejaron atrás. Además, las percepciones de la diáspora sobre la paz pueden diferir de las percepciones locales. Este ha sido el caso de Chipre, en que los jóvenes chipriotas de la diáspora y los de la isla discrepan sobre la definición de un futuro pacífico para Chipre.^[7]

La segunda generación, que no tiene la experiencia previa de sus ancestros, podría sentirse doblemente marginada por estos planteamientos. En algunos casos, las élites políticas del lugar de origen pueden esgrimir la cuestión de la «doble lealtad». La lealtad de los miembros de la diáspora de segunda generación hacia su tierra ancestral puede cuestionarse al estar inmersos tanto en el contexto del país de residencia como en el de origen. También puede haber barreras legales y políticas que dificulten las acciones de las segundas generaciones. En algunos casos, puede que no tengan la ciudadanía del país natal de sus padres o que no tengan derecho a votar o a presentarse a las elecciones.

“Cuando el entorno político es más abierto, la diáspora de segunda generación puede comprometerse con los actores del país de origen

implicados en iniciativas de construcción de paz y colaborar en proyectos para aportar un cambio positivo”

En tercer lugar, la capacidad de la segunda generación para participar en procesos de paz, coexistencia y diálogo puede caracterizarse por el panorama político del país de acogida. Estudios previos muestran que las diásporas no son homogéneas y pueden reproducir la dinámica política y las escisiones étnicas/religiosas/ideológicas de su país de origen en sus nuevos países. Estas fragmentaciones dentro de los grupos de la diáspora también pueden verse transformadas por factores espaciales y temporales en el espacio transnacional, y podrían producirse nuevas divisiones en los países de residencia. A los miembros de la segunda generación interesados en la política podría resultarles difícil alinearse con las organizaciones de la diáspora, ya que a veces no encuentran sentido a tales fragmentaciones. En otros casos, las investigaciones muestran que las decisiones de sus padres les influyen mucho y desarrollan lealtades hacia las orientaciones políticas y las pautas de movilización de sus antepasados.^[8]

Por último, además de estos factores inherentes, resulta esencial cómo aborda el país de acogida la implicación de la diáspora en la política de su lugar de origen. En algunos casos, estos compromisos transnacionales son fomentados por los actores gubernamentales del país de acogida. Vemos iniciativas en que los partidos políticos, los laboratorios de ideas y las organizaciones de la sociedad civil del país de origen organizan talleres y conferencias para animar a la diáspora a actuar como puentes entre los dos contextos y para fomentar cambios positivos. En otros casos, en los que se criminaliza y estigmatiza a una de las partes del conflicto, observamos que estas etiquetas o bien disuaden a la segunda generación de participar o evitan que mantengan debates abiertos sobre los propios conceptos de paz y reconciliación. La implicación de los jóvenes de la diáspora en movimientos como los LTTE (Tigres de Liberación del Eelam Tamil) y el PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistán), incluso en tiempos de acciones de construcción de paz, ha provocado altercados indeseados para los jóvenes tamiles y kurdos en sus países de nacimiento, como Canadá, Francia o Alemania, ya que estos grupos han sido criminalizados y designados como

organizaciones terroristas por organismos internacionales.[9]

Construcción de paz transnacional de la segunda y la tercera generación

La participación transnacional de la segunda y la tercera generación en iniciativas de construcción de paz solo se produce en ocasiones. El país de origen debe tener un panorama político y social abierto a la participación y la élite política y las poblaciones locales deben aceptar las intervenciones de la diáspora como legítimas. Asimismo, los miembros de la diáspora de segunda y tercera generación deben encontrar canales para realizar dichas intervenciones. Las fragmentaciones dentro de la diáspora y la estigmatización de su movimiento político o de sus grupos étnicos/religiosos/ideológicos no solo en el contexto del lugar de origen sino también en el país de acogida podrían perjudicar sus verdaderos esfuerzos de participación.

Además, la falta de acciones institucionales inherentes a la diáspora o el país de origen pueden hacer más complicado que la segunda y la tercera generación tengan un impacto significativo en los procesos. El activismo transnacional podría aportar cierta visibilidad y demostrar el respaldo en la construcción de paz. El liderazgo de la diáspora y unas redes amplias y duraderas con los actores del país de origen resultan vitales para que la diáspora tenga una participación continuada en la transformación positiva. Crear confianza y establecer este tipo de relaciones requiere una inversión a largo plazo por parte de las diásporas, en los contextos tanto de los países de origen como los de acogida.

“Las diásporas no pueden contribuir a la construcción de paz en el país de origen sin colaborar con los actores locales”

Los conflictos armados o los enfrentamientos violentos entre grupos de la diáspora son poco frecuentes, pero hay ejemplos de ello. Los recientes choques violentos entre musulmanes e hindúes en Leicester (Reino Unido) no pueden interpretarse al margen

de la política india y de la retórica de los políticos del país de origen hacia cada grupo. De un modo parecido, la escalada de conflictos en el país de origen podría incitar encuentros violentos en la diáspora, como ha demostrado el reciente ejemplo de Nagorno Karabaj. Jóvenes de la diáspora armenia, turca y azerí se agredieron los unos a los otros en actos de protesta en Francia y Estados Unidos.

Las diásporas pueden no ser actores en la mesa de negociación ni encabezar las acciones de construcción de paz en el país de origen. El enfoque tradicional de resolución o gestión del conflicto podría considerar que su función es mínima. No obstante, las diásporas tienen mucho que aportar si abordamos la construcción de paz desde una óptica de transformación del conflicto. La participación de la diáspora en la consolidación de la paz puede adoptar muchas formas y es un proceso a largo plazo. El activismo transnacional que incluye la defensa, la búsqueda de la justicia y la movilización en pro de los derechos humanos, por ejemplo, contribuye a crear conciencia en el país y en el extranjero y demuestra la voluntad de lograr la paz y la justicia.

Las diásporas no pueden contribuir a la construcción de paz en el país de origen sin colaborar con los actores locales. Sin embargo, es esencial subrayar que estas acciones no deben limitarse a las fronteras de la tierra natal. En la era de las diásporas, observamos que la dinámica de los conflictos se recrea en el espacio transnacional y las tensiones entre grupos «contrarios» se trasladan o siguen (re)produciéndose en el contexto del país de origen. Por lo tanto, las iniciativas de construcción de paz deben transnacionalizarse para abordar también las reivindicaciones de los grupos de la diáspora. Por último, sugerimos que la juventud de la diáspora también puede contribuir a un cambio positivo en los paisajes de la diáspora y abordar la dinámica de los conflictos. Las iniciativas de construcción de paz en la época contemporánea no pueden ser un intercambio unidireccional entre las diásporas y los países de origen; también deben entenderse desde una óptica transnacional.

[1] Véanse los estudios de Bush (2008), Orjuela (2008) y Cochrane y colaboradores (2009).

[2] Véanse los estudios de Hess y Korf (2014), Baser (2015), Karabegović (2018), Toivanen y Baser (2020) y Toivanen (2021).

[3] Véanse los estudios de Karabegović (2018), Müller-Suleymanova (2023) y Baser y Toivanen (2024).

[4] Véase Toivanen (2021).

[5] Véase el estudio de Birka (2022).

[6] Véase Baser y Toivanen (2019) y Galipo (2018).

[7] Véase el estudio de Dizdaroğlu (2023).

[8] Véase el estudio de Toivanen (2021) y Baser (2015).

[9] Véanse los estudios de Hess y Korf (2014) y Toivanen (2021).

Este artículo ha sido traducido del original, en inglés.

Sobre las autoras

Mari Toivanen

Investigadora en la Academia de Investigación de Finlandia de la Universidad de Helsinki (2020-2025). Ha llevado a cabo investigaciones sobre las diásporas, transnacionalismo, identidad, segundas generaciones y movilidad laboral. Ha publicado en *Ethnic and Racial Studies*, *Ethnicities*, *Social Inclusion*, *Journal of Genocide Research* y *Nordic Journal of Migration Research*. La monografía *The Kobane Generation: Kurdish Diaspora Mobilising in France* ha sido premiada y publicada en 2021.

Bahar Baser

Profesora de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la Escuela de Gobierno y Asuntos Internacionales de la Universidad de Durham (Reino Unido). Anteriormente, fue

profesora asociada en el Centro para la Confianza, la Paz y las Relaciones Sociales de la Universidad de Coventry, donde dirigió el "Grupo de Investigación sobre Consolidación de la Paz y Transformación de Conflictos". Es experta en estudios de la diáspora, consolidación de la paz y transformación de conflictos, con un enfoque regional en Medio Oriente.

Fotografía

Juana Sánchez, exiliada colombiana en Barcelona, protagonista del documental *Para volverte a ver*, producido por el ICIP y Mandorla Films. Autor: ICIP.

ARTÍCULOS CENTRALES

Integrar la diáspora en la construcción de paz a través de políticas públicas

Fanny Tittel-Mosser

Responsable de investigación y gestión del conocimiento en el International Center for Migration Policy Development (ICMPD/EUDiF)

El concepto de participación de la diáspora en la reforma política, la construcción de paz y la reconciliación es un fenómeno dinámico y polifacético al que se presta más atención en los últimos años. Las diásporas, caracterizadas por sus vínculos transnacionales, tienen un capital político significativo que puede aprovecharse para lograr el cambio positivo tanto en sus países de acogida como en los de origen. En lugar de considerar las diásporas como amenazas, reconocer su potencial para contribuir activamente a las iniciativas de paz y desarrollo es esencial para aprovechar sus recursos y perspectivas únicos.

Las diásporas son contribuyentes fundamentales para sus países de origen, no solo en términos de apoyo financiero, sino también a través del compromiso político y social. Su implicación en actividades de desarrollo y de respuesta humanitaria se ha documentado ampliamente^[1], lo que demuestra su creciente impacto global. La emergencia del nexo acción humanitaria-desarrollo-paz destaca la naturaleza interconectada de la ayuda humanitaria, los programas de desarrollo y las iniciativas de construcción de paz. Así se resalta la necesidad de aplicar enfoques coherentes que hagan frente a la vulnerabilidad durante las crisis y con posterioridad a éstas. Mientras que en los últimos años la función de la diáspora como actor humanitario ha obtenido reconocimiento, todavía hay que explorar en mayor profundidad sus aportaciones a la construcción de paz y los esfuerzos en la reconstrucción.

La diáspora puede ejercer distintas funciones, tanto en el país de acogida como en el de origen. Comprender la heterogeneidad dentro de las comunidades de la diáspora y entre ellas, así como las dinámicas generacionales del activismo de la diáspora, resulta crucial para evaluar su impacto de forma integral. Además, factores como el acceso a derechos políticos, el grado de integración y el reconocimiento de su potencial afectan a su capacidad de influencia en los mecanismos de creación de políticas y los procesos de paz.

“En lugar de ver las diásporas como amenazas, reconocer su potencial para contribuir activamente a las iniciativas de paz y desarrollo es esencial para aprovechar sus recursos y perspectivas únicos”

Para aprovechar de manera efectiva el potencial de las diásporas en la construcción de paz y la reconciliación, deben establecerse marcos que faciliten su participación positiva. Para ello, resulta esencial afrontar desafíos como la inclusividad dentro de las comunidades de la diáspora y mantener la neutralidad. En este sentido, por neutralidad se entiende la necesidad de encontrar un punto de encuentro y evitar conflictos internos dentro de la comunidad de la diáspora. Se trata de crear un espacio en el que todo el mundo sienta que su participación es bienvenida, independientemente de sus tendencias u opiniones políticas sobre un asunto polémico concreto. Esto se puede lograr, por ejemplo, si se evita totalmente implicarse en la política del lugar de origen o si se promueven debates abiertos sobre distintos asuntos manteniendo un entorno respetuoso en el que las personas puedan mostrar su desacuerdo sin recurrir a la hostilidad.

Con la creación de entornos de colaboración y marcos políticos globales, las diásporas pueden empoderarse para fomentar la participación en los procesos de desarrollo y, en última instancia, contribuir a la paz sostenible y a la prosperidad de forma global. En este artículo examinaremos qué marcos políticos e iniciativas ya existen para respaldar

la participación de la diáspora y la construcción de paz y haremos recomendaciones para salvar las brechas existentes.

Marco político para la participación de la diáspora en la construcción de paz

La función de las comunidades de la diáspora en los esfuerzos de construcción de paz ha sido reconocida en distintos ámbitos de la elaboración de políticas, desde en iniciativas globales hasta locales. Dado que el mundo se enfrenta a desafíos complejos relacionados con los conflictos y el desarrollo sostenible, aprovechar el potencial de las diásporas se ha convertido en una estrategia crucial para fomentar la paz, la resiliencia y el desarrollo inclusivo. Los marcos políticos empiezan a reconocer el potencial de las diásporas en las acciones de construcción de paz. Este apartado analiza los marcos políticos en evolución en el ámbito internacional, de la Unión Europea (UE) y regional, remarcando la importancia de reconocer e implicar a las comunidades de la diáspora en las iniciativas de construcción de paz.

A escala global, la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible que la ONU adoptó en 2015 supone un paso adelante considerable. Este marco destaca un enfoque holístico para terminar con la pobreza y hacer que el mundo avance de forma sostenible hacia la prosperidad, la paz y la justicia social. El ODS 16 se centra concretamente en lograr «paz, justicia e instituciones sólidas» y reconoce la función esencial de estos elementos para promover un futuro sostenible. Por desgracia, aunque el ODS 16 reconoce la interconexión entre la construcción de paz y el desarrollo sostenible, carece del reconocimiento explícito del potencial de la diáspora en estas iniciativas. Este reconocimiento sigue sin aparecer en la «Nueva Agenda para la Paz» de 2023. Paralelamente, el Pacto Mundial para la Migración Segura, Ordenada y Regular destaca la importancia de la participación de la diáspora para lograr un desarrollo sostenible y fomentar la paz.

“El Objetivo 19 de la Agenda 2030 destaca la función que pueden tener las personas

migrantes y en la diáspora en los procesos de paz y reconciliación de sus países de origen, especialmente las mujeres”

El Objetivo 19 remarca la función que pueden tener los migrantes y la diáspora en los procesos de paz y reconciliación de sus países de origen, especialmente la de las mujeres en la construcción de paz. Exige políticas que permitan a las mujeres migrantes y de la diáspora participar plenamente en la sociedad, lo que incluye en la toma de decisiones políticas, la construcción de paz y el diálogo comunitario en los países de origen, tránsito y destino, y para la creación de espacios públicos seguros para ello. Este objetivo reconoce las amplias redes sociales y económicas de la diáspora que pueden aprovecharse para responder ante desastres, lo que facilita la canalización de recursos esenciales en tiempos de crisis. Asimismo, su conocimiento de la cultura del país de origen tiene un valor incalculable para desarrollar soluciones a largo plazo que vayan a las causas primarias del conflicto y promuevan una recuperación sostenible. Las diásporas también pueden promover el intercambio cultural y el entendimiento entre sus comunidades en el país de acogida y su país de origen; de este modo, ayudan a las generaciones jóvenes a redescubrir su historia desde una perspectiva distinta a la experiencia personal de sus padres (véase el ejemplo de Ruanda).

Dentro de la Unión Europea, el Nuevo Consenso Europeo sobre Desarrollo adoptado en 2017 refleja los temas clave de la Agenda 2030 y reconoce explícitamente la diáspora como actor principal en los procesos de desarrollo. Estructurado en torno a cinco ejes —personas, planeta, prosperidad, paz y colaboración— el consenso reconoce el capital diverso que aporta la diáspora. Este documento subraya la necesidad de colaborar y establecer asociaciones para aprovechar el potencial de la diáspora en el desarrollo sostenible, que por su propia naturaleza incluye iniciativas de construcción de paz.

De acuerdo con la Agenda 2030, la UE se ha comprometido a promover globalmente la paz, la prosperidad y la justicia social. Asimismo, la UE destaca la función de las mujeres y las niñas como agentes clave del desarrollo y el cambio, poniendo de relieve

sus aportaciones a la construcción de paz, la resolución de conflictos y la respuesta humanitaria.

Además, el Consejo de Europa resalta la importancia de la participación de la diáspora en la construcción de paz y los procesos de construcción del Estado. Los grupos de la diáspora gozan de reconocimiento como actores transnacionales que contribuyen a crear y reforzar la paz, el desarrollo, el comercio, los derechos humanos y los intercambios culturales. No obstante, a menudo se subestima o ignora el potencial de los miembros de la diáspora en los procesos de construcción del Estado, lo que conlleva una falta de recopilación sistemática de información y de evaluación de sus actividades. La Red Parlamentaria sobre Políticas de la Diáspora del Consejo de Europa recomienda medidas orientadas a reforzar el potencial de implicación de la diáspora en los procesos de construcción del Estado. Estas medidas incluyen la participación activa en la vida política, cultural y social, tanto en los países de acogida como en los de origen. Gracias al aumento de la implicación de la diáspora en la creación del Estado, los responsables políticos pueden aprovechar su experiencia y sus redes para fomentar la paz, la estabilidad y el desarrollo inclusivo.

“El mundo se enfrenta a desafíos complejos relacionados con los conflictos y el desarrollo sostenible; aprovechar el potencial de las diásporas se ha convertido en una estrategia crucial para fomentar la paz, la resiliencia y el desarrollo inclusivo”

Más allá de los ámbitos internacional y europeo, organizaciones regionales como el Sistema de la Integración Centroamericana (SICA), la Commonwealth, la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SADC) y la Autoridad Intergubernamental sobre el Desarrollo (IGAD) también ha destacado la importancia de la participación de la diáspora en la construcción de paz y el desarrollo. Por ejemplo, el SICA promueve la integración regional para lograr la paz, la libertad, la democracia y el desarrollo en

América Central. De manera similar, la Commonwealth tiene como objetivo promover el desarrollo, la democracia y la paz entre sus 54 estados miembros. La SADC se centra en el crecimiento económico sostenible, la buena gobernanza, y la paz y la seguridad duraderas entre sus quince estados miembros de África Austral.

La importancia de la integración y el acceso a los derechos políticos para los miembros de la diáspora

La integración y el acceso a los derechos políticos son aspectos fundamentales para fomentar sociedades inclusivas y garantizar la plena participación de los miembros de la diáspora en sus países de residencia, pero también en sus países de origen. Este apartado ahonda en esta cuestión y destaca marcos políticos e iniciativas orientados a facilitar su inclusión y participación.

El Plan de Acción sobre Integración e Inclusión 2021-2027 de la UE perfila un marco sólido para mejorar las políticas de integración en los estados miembros. Este plan quiere contribuir a una agenda de inclusión social más amplia, recurriendo a estrategias en educación, cultura, empleo, no discriminación e igualdad. Al trabajar estrechamente con estados miembros, autoridades locales, organizaciones de la sociedad civil y otros actores, la UE intenta reforzar las iniciativas de integración y promover la participación activa de los migrantes y la diáspora en la sociedad.

La UE pone de relieve la función que tienen organizaciones de la sociedad civil, instituciones educativas, empresas y otros actores para lograr políticas de integración globales. Crear asociaciones sólidas es crucial para mejorar el proceso de integración y la Unión Europea apoya activamente a la sociedad civil a través consultas periódicas y diálogo. Las mayores oportunidades de conseguir financiación de la UE en virtud del Marco Financiero Plurianual suponen un incentivo aún mayor para los estados miembros para implicar a distintos actores, incluyendo las organizaciones de la diáspora, en el diseño y la implementación de programas de integración.

El Objetivo 19 del Pacto Mundial para la Migración que se ha mencionado anteriormente también destaca la necesidad de facilitar la participación política y la implicación de la

diáspora en sus países de origen y de residencia como una característica esencial para garantizar que se escuchan sus voces y que sus intereses están representados. Incluyendo la participación en procesos de paz y reconciliación, tomar parte en elecciones y contribuir a reformas políticas. Establecer registros de votantes para los ciudadanos en el extranjero y dar oportunidades para la representación parlamentaria son pasos cruciales para permitir que la diáspora ejerza sus derechos políticos de forma efectiva y contribuya a los procesos democráticos.

“La integración y el acceso a los derechos políticos son aspectos fundamentales para fomentar sociedades inclusivas y garantizar la plena participación de los miembros de la diáspora en sus países de acogida y de origen”

A pesar de que muchos países permiten el voto desde el extranjero y la doble ciudadanía, los países afectados por conflictos pueden ser más precavidos a la hora de otorgar estos derechos para evitar la «interferencia» de la diáspora en la política interna. Los desafíos que supone crear confianza tras décadas de guerras civiles y conflictos políticos, los trámites burocráticos y la resistencia al cambio (debido a la inflexibilidad o la capacidad limitada) a menudo han impedido seguir implementando iniciativas de participación. En Colombia, por ejemplo, la participación de la diáspora se enfrenta a desafíos que se derivan de décadas de conflicto y divisiones políticas. Pese a los esfuerzos para crear asociaciones y participar en la acción colectiva, los problemas de desconfianza y las dinámicas fragmentadas de la diáspora entorpecen la participación efectiva. Los trámites y los obstáculos burocráticos complican aún más las iniciativas de la diáspora, y ponen de relieve la necesidad de mecanismos racionalizados para facilitar la participación.

No obstante, sí que se dan estos intentos, y producen distintos niveles de logros. En el apartado siguiente veremos ejemplos concretos de iniciativas nacionales que se han implantado para intentar mejorar la participación política de la diáspora con el

propósito de apoyar la construcción de paz.

Tendencias en países en conflicto y políticas nacionales

En la lucha por el desarrollo sostenible y la construcción de paz, los países que se enfrentan a situaciones de conflicto y postconflicto pueden adoptar políticas y marcos específicos para aprovechar el potencial de sus comunidades de la diáspora. Este apartado analiza las tendencias en los países en conflicto y sus políticas nacionales, poniendo de relieve las iniciativas destinadas a aprovechar la participación de la diáspora en el desarrollo y la reconciliación. Los ejemplos propuestos se han extraído del mapa global de participación de la diáspora de EUDiF y de otras investigaciones realizadas en el marco del proyecto. Los siguientes ejemplos muestran cómo los gobiernos han otorgado de forma oficial una función de construcción de paz a su diáspora al incluirla en sus políticas nacionales.

Tanto Georgia como Chad reconocen en sus agendas de desarrollo nacional la importancia de integrar la diáspora en el país de acogida. El Plan de Desarrollo Nacional de Chad destaca la promoción de la integración de la diáspora como objetivo estratégico, lo que refleja un compromiso más amplio con la gobernanza y la construcción de paz. De forma parecida, la estrategia de migración de Georgia prioriza crear un entorno inclusivo para la diáspora, aprovechando sus aportaciones para el desarrollo socioeconómico, y, en concreto, facilitar la cohabitación pacífica de distintos grupos religiosos, culturales y étnicos. Esto refleja los retos continuos para ambos países relacionados con las divisiones políticas y la inestabilidad.

“A pesar de que muchos países permiten el voto desde el extranjero y la doble ciudadanía, aquellos afectados por conflictos pueden ser más precavidos a la hora de otorgar estos derechos para evitar la «interferencia» de la diáspora en la política interna”

Etiopía y Kenia han desarrollado marcos exhaustivos de políticas para implicar a sus comunidades de la diáspora en iniciativas nacionales de desarrollo y construcción de paz. El Cuerno de África es una de las regiones del mundo más afectadas por los conflictos armados y todos los países de la región han experimentado inestabilidad política durante décadas. La política de la diáspora de Etiopía se centra en reforzar las relaciones entre los ciudadanos en el extranjero y promover el activismo para el desarrollo nacional. También pretende reforzar la participación en el proceso de democratización y construcción de paz para obtener logros individuales y nacionales, crear un entorno propicio para el desarrollo conjunto y defender los derechos e intereses de la diáspora en el extranjero. La política extranjera de Kenia destaca la diplomacia de la diáspora, con el reconocimiento de las distintas habilidades y experiencias de los kenianos que viven en el extranjero como activos de valor para la transformación nacional. El Tercer Plan a Medio Plazo de Kenia destaca la importancia de la aportación de la diáspora a la seguridad, la construcción de paz y la resolución de conflictos.

Las políticas y los marcos de participación de la diáspora de Ruanda se han desarrollado a partir de su pasado problemático. Aspiran a mantener la paz y la reconciliación, así como a aprovechar diferentes formas de capital de la diáspora. Se centran en promover la cohesión, como por ejemplo puede observarse en la Estrategia Nacional para la Transformación 2017-2024 y la Política de la Diáspora de Ruanda (2009). El gobierno de Ruanda ha implicado activamente a la diáspora, reconociendo su función en la reconstrucción de la nación tras el conflicto. Para que pudiera asumir esta función, la estrategia Visión 2020 de Ruanda incluye medidas como facilitar el derecho a recuperar la ciudadanía, que resulta clave para dar a la diáspora pleno acceso a la participación política. Sin embargo, sigue habiendo tensiones subyacentes relacionadas con las divisiones étnicas históricas, lo que afecta a las iniciativas de construcción de paz.

En Somalia resulta interesante observar que el último Plan de desarrollo nacional (2020-2024) pasó de dar una función clara a la diáspora en cuanto a hacer posible la paz y la seguridad a entender el nexo acción humanitaria-desarrollo y la función de la diáspora en tiempos de crisis. Estas funciones cambiantes siguen la evolución del

proceso de construcción de paz y las prioridades relacionadas en el país.

“La diáspora puede ejercer distintas funciones, tanto en el país de acogida como de origen. Comprender la heterogeneidad y las dinámicas generacionales del activismo de la diáspora resulta crucial para evaluar su impacto”

Además, la diáspora del Líbano tiene una función significativa de respaldo del país ante retos sociopolíticos. Esto puede vincularse a la política de «concordia» libanesa frente a la diáspora. A pesar de que todavía se carece del apoyo legislativo adecuado, el enfoque de «concordia» puede traducirse como el respaldo del gobierno a las redes y organizaciones de la diáspora de todas las religiones y etnias. Entre otras cosas, motiva a sus expatriados a ejercer sus derechos democráticos. En consecuencia, la diáspora, en especial durante períodos de disturbios civiles, demuestra un fuerte sentido de solidaridad y compromiso para afrontar los problemas sistémicos del Líbano. A través de protestas pacíficas, iniciativas de obtención de fondos y campañas de activismo, la diáspora amplifica las voces por el cambio y contribuye a los movimientos de reforma de base.

No obstante, incluso cuando hay disposiciones favorables respecto a la participación de la diáspora, en algunos contextos sigue habiendo desafíos. Por ejemplo, en Sudán el conflicto entorpece ambiciosos proyectos de desarrollo orientados a afrontar desafíos cruciales de la sanidad. Pese a los esfuerzos por colaborar con socios internacionales y comunidades de la diáspora, el conflicto y la inestabilidad política bloquean iniciativas como la capacitación para profesionales sanitarios. La naturaleza recurrente del conflicto impide el desarrollo sostenible y hace patente la necesidad de estrategias de construcción de paz a largo plazo.

La diáspora como promotora de la paz: prácticas prometedoras

En el ámbito de la participación de la diáspora y la construcción de paz, destacan diversas prácticas e iniciativas prometedoras; esto demuestra las distintas formas en que las comunidades de la diáspora contribuyen a la resolución de conflictos, la reconciliación y el desarrollo sostenible.

Un ejemplo notable es la Conferencia sobre la participación de la diáspora en el desarrollo, la reconciliación y la paz sostenible tras la guerra en Sri Lanka. Organizada por el Centro de Estudios sobre la Pobreza (CEPA), esta conferencia profundizó en las complejidades de la participación de la diáspora en el Sri Lanka de posguerra. Remarcó la naturaleza polifacética de las identidades de la diáspora y sus aportaciones más allá de las narrativas tradicionales, destacando la necesidad de enfoques matizados a la participación de la diáspora en las iniciativas de paz y desarrollo. Todavía en Sri Lanka, International Alert trabaja con la sociedad civil, las empresas locales, donantes y entidades gubernamentales para promover esfuerzos inclusivos de construcción de paz. Facilita el diálogo, apoya a jóvenes políticos en la lucha por la paz y promueve la función positiva de la diáspora en los procesos de reconciliación, tanto desde sus comunidades en el extranjero como en Sri Lanka.

“Los marcos políticos a nivel internacional, regional y nacional destacan la importancia de la participación de la diáspora y ofrecen vías de colaboración, movilización de recursos y capacitación”

Asimismo, iniciativas de base como la Conferencia Internacional de Global Somali Diaspora proporcionan plataformas a las comunidades de la diáspora para que se reúnan, intercambien ideas y contribuyan a las iniciativas de construcción de paz. Esta conferencia reúne a delegados somalíes de todo el mundo y con ello promueve la colaboración, el intercambio de conocimientos y la acción colectiva hacia el crecimiento económico y la paz sostenible.

En el campo de la respuesta humanitaria y la construcción de paz, iniciativas como DIASPEACE demuestran el potencial de las redes de la diáspora en situaciones de crisis. Este proyecto, que fue financiado por la UE, estudió las actividades políticas de organizaciones de la diáspora de Somalia, Etiopía y Eritrea en Europa y así arrojó luz sobre sus aportaciones a la resolución del conflicto y sus iniciativas humanitarias. Tenemos otro ejemplo en Sudán, donde los miembros de la diáspora han tenido un papel crucial a la hora de respaldar la situación mediante el activismo en los medios de comunicación, la obtención de fondos y oportunidades de voluntariado a distancia para afrontar diversos retos, incluyendo la pandemia de COVID-19.

Por último, nos gustaría destacar en especial la importante función que han tenido las mujeres y los jóvenes en la construcción de paz. Proyectos como Peace Therapist son un ejemplo de las formas innovadoras en que los miembros jóvenes de la diáspora aprovechan la tecnología y la experiencia para proporcionar apoyo psicosocial a poblaciones vulnerables. Fundada por un equipo de jóvenes refugiados, la organización Peace Therapist ofrece sesiones de terapia en línea en distintos idiomas, que atienden a refugiados con traumas debidos a la guerra y a desastres naturales. A través de estas iniciativas, las comunidades de la diáspora aprovechan sus habilidades y sus recursos para tratar problemas de salud mental y promover la resiliencia entre las poblaciones afectadas.

De forma parecida, Mujer Diáspora, una organización de la diáspora fundada por mujeres de distintos orígenes que surge de la Comisión de Verdad, Memoria y Reconciliación de las Mujeres Colombianas en la Diáspora, proporciona un espacio específico para que las mujeres lleven a cabo actividades de sanación psicosocial, iniciativas de reconciliación y activismo. Con centros en Londres, Barcelona y otras localidades, la organización aborda la exclusión de las voces y experiencias de las mujeres en los procesos de paz, para contribuir a una mayor sanación social y un empoderamiento.

**“Reconocer la función crucial de las
comunidades de la diáspora en la construcción**

de paz es esencial para lograr un desarrollo sostenible y fomentar sociedades resilientes en todo el mundo”

Globalmente, estos ejemplos destacan la importancia de reconocer y aprovechar los distintos talentos, experiencias y redes dentro de las comunidades de la diáspora para avanzar en la construcción de paz, la reconciliación y los esfuerzos de desarrollo sostenible en todo el mundo.

Conclusiones

Reconocer la función crucial de las comunidades de la diáspora en la construcción de paz es esencial para lograr un desarrollo sostenible y fomentar sociedades resilientes en todo el mundo. Los marcos políticos a nivel internacional, de la UE, regional y nacional destacan la importancia de la participación de la diáspora y ofrecen vías de colaboración, movilización de recursos y capacitación. Aprovechar los distintos activos y redes de la diáspora permite a los responsables políticos reforzar las iniciativas de construcción de paz, avanzar en el desarrollo inclusivo y contribuir a lograr los ODS de forma global.

La integración y el acceso a derechos políticos resultan indispensables para promover sociedades inclusivas y empoderar las comunidades migrantes. Las iniciativas delineadas por la UE son un ejemplo de la función crucial de los marcos políticos para facilitar la integración y permitir a la diáspora participar plenamente en la vida política, social y económica del país de acogida y del de origen.

Por último, las políticas y marcos nacionales en los países en conflicto reconocen cada vez más la función fundamental que tienen las comunidades de la diáspora en la construcción de paz y el desarrollo. A pesar de desafíos como los problemas de desconfianza y los impedimentos burocráticos, la participación de la diáspora continúa siendo fundamental para impulsar la resiliencia, la reconciliación y el desarrollo sostenible en contextos afectados por el conflicto.

[1] Aman, M. (2014). *Diaspora Organisations as Strategic Agents of Development*. African Diaspora Policy Centre (ADPC). Horst, C.; Lubkemann, S. y Pailey, R. N. (2015). «The invisibility of a third humanitarian domain». En: *The New Humanitarians in International Practice* (p. 213-231). Routledge. Nagarajan, N., Smart, B. y Nwadiuko, J. (2015). «Diaspora engagement in humanitarian emergencies and beyond». *The Lancet*, 386(9998), p. 1015-1016. Plaza, S. y Ratha, D. eds. (2011). *Diaspora for development in Africa*. The World Bank.

Este artículo ha sido traducido del original, en inglés.

Sobre la autora

Fanny Tittel-Mosser

Responsable de investigación y gestión del conocimiento en el International Center for Migration Policy Development (ICMPD/EUDiF). Como investigadora y practicante en migración y desarrollo, se centra en áreas como la participación de la diáspora, las políticas migratorias, la cooperación exterior de la Unión Europea, la juventud y la construcción de paz, y el diálogo intercultural. Es doctora Marie Curie en Derecho por la Universidad de Minho (Portugal) y ha trabajado en diferentes organizaciones internacionales, académicas, ONG y en el sector privado.

Fotografía

Autor: [Open Global Rights](#)

ARTÍCULOS CENTRALES

El día a día en el Líbano: Sobrevivir a las continuas catástrofes provocadas por el hombre

Carmen Geha

Activista y experta en participación política y económica de las mujeres, políticas de refugio y acción colectiva

Me ha costado mucho escribir este artículo sobre el rol de las mujeres libanesas en la diáspora. Empecé a pensar en la paz y la reconstrucción, pero terminé en un lugar muy oscuro de mi mente. ¿Paz con quién? ¿Paz cómo? ¿Qué tipo de reconstrucción es posible? ¿Cómo podemos conseguir la paz con un grupo de políticos que dejaron explosivos en el puerto durante seis años y utilizaron nuestras casas como escudos para las armas? ¿Cómo podemos recuperarnos de la fallida bancaria del siglo? ¿Cómo podemos superar las pérdidas materiales y humanas que ha provocado este sistema político? Dudaba de si escribir este artículo, pero luego decidí que, si ahora mismo la paz y la reconstrucción no son una opción, al menos debo relatar la historia y compartir el doloroso viaje que hemos hecho hasta el día de hoy.

Yo era la última persona de la que se habría esperado que abandonara el Líbano. De hecho, durante muchos años me había dedicado a convencer a amistades y compañeros para que regresaran a Beirut. Estaba convencida de que colectivamente podíamos desafiar y reformar un sistema centenario de gobierno opresivo y violento. Sí que lo desafiamos, pero no pudimos reformarlo. Había muchas personas como yo: mis amigos íntimos y aliados estaban todos igualmente comprometidos con el Líbano, dedicábamos nuestras vidas a este hermoso país. No era totalmente altruista, el Líbano nos daba mucho a cambio: teníamos un sentido y un hogar, compartíamos la lucha y la solidaridad; sentíamos que era nuestro momento de romper el ciclo generacional de

trauma, corrupción, sectarismo y abuso. Lo haríamos mejor por nuestros hijos, nuestros estudiantes y nuestros padres.

Pero 2020 llegó y trajo no solo la explosión del puerto, sino también la mayor crisis financiera del siglo provocada por el hombre. Perdimos nuestras casas, hospitales, escuelas y restaurantes en la explosión. Perdimos todos nuestros ahorros. Sí, lo habéis leído bien: los bancos habían concedido préstamos al gobierno corrupto durante tanto tiempo que quebraron y suspendieron pagos. Cada dólar ahorrado carecía de valor en un país con una inflación alimentaria cercana al 500 %.

Así que me fui. La mayoría lo hicimos; algunas se quedaron. Cuando llegué a Barcelona, me di cuenta de que nuestra experiencia no era única. Muchas mujeres migrantes huyen de realidades similares también duras; muchas activistas no son capaces de transformar sus países. De hecho, en todo el mundo, la movilización feminista colectiva es atacada, cada vez más. En este mundo de opresión creciente, apenas oímos hablar de las vidas de las mujeres que lo arriesgan todo y que pierden sus batallas a favor de la democracia y los derechos humanos. Sabemos muy poco de esos países abandonados a su suerte entre pobreza y destrucción porque los señores de la guerra se niegan a construir realmente una versión inclusiva de la paz. Este artículo trata sobre un país, el Líbano, gobernado por señores de la guerra que llegaron a acuerdos de paz solo para mantenerse en el poder, y con los que no puede haber ninguna paz inclusiva ni ninguna recuperación adecuada. No hay paz ni recuperación sin que se rindan cuentas por los crímenes masivos.

“El Líbano es un país gobernado por señores de la guerra que llegaron a acuerdos de paz solo para mantenerse en el poder, y con los que no puede haber ninguna paz inclusiva ni ninguna recuperación adecuada”

Cuando vivía en Beirut, tenía una voz muy potente y un gran sentido de claridad. Por aquel entonces no era del todo consciente, pensaba que estaba angustiada y enfadada. Parte de ello, por supuesto, era enfado: te enfadas cuando vives a merced de un sistema sectario centenario gobernado por un puñado de señores de la guerra. Te enfadas cuando el sector público que debería protegerte te discrimina como mujer en todos los aspectos de tu vida privada y pública. Te enfadas cuando esos señores de la guerra se unen para provocar una de las mayores fallidas económicas del siglo provocadas por el hombre. Y te enfadas cuando te das cuenta de que habían almacenado explosivos conscientemente en el puerto durante años antes de que te explotaran en la cara. Siempre había pensado que el enfado era un impulso importante para pasar a la acción, hasta el punto que solía empezar mis clases preguntando a los alumnos qué les hacía enfadar para entender qué les llevaba a pasar a la acción. Todas estábamos muy enfadadas, pero éramos fuertes y teníamos las cosas claras, y estábamos *totalmente* movilizadas contra *todos ellos*, que nos estaban arruinando la vida.

Hoy, cuatro años después de una revolución aplastada, no estoy segura de si constituimos una diáspora o incluso de lo que eso significa para las mujeres que huyeron del Líbano. Lo que sí sé es que las fronteras y los husos horarios son reales y que nos impiden estar juntas físicamente. Mis recuerdos de manifestarme hombro con hombro son un doloroso recordatorio de que tuvimos que tomar la decisión de caminar solas, en un nuevo país.

Irnos era el último mecanismo de supervivencia que teníamos contra una clase política tan obstinada en matar a su propia gente. Sé que muchas se han quedado en el Líbano, voluntaria o involuntariamente, y que merecen nuestra solidaridad y atención, pero este artículo trata de las que se fueron y que, al marcharse, perdieron toda oportunidad de volver a manifestarse juntas. A lo largo de los años hicimos tantas protestas que aún puedo notar el olor del gas lacrimógeno, el sudor y la sangre, los neumáticos ardiendo y el sonido de cristales rotos bajo mis pies. Igual de importante que protestar fue toda la *cocreación* generativa y la creación de solidaridad sobre las cuestiones que nos afectaban, desde el matrimonio, el divorcio, el acoso sexual o la violencia, a la igualdad de acceso al mercado laboral. Al final, todo ello merecía el tiempo y la energía que le dedicamos, porque la movilización colectiva nos proporcionó consuelo y comunidad

cuando más lo necesitábamos.

“Irnos era el último mecanismo de supervivencia que teníamos contra una clase política tan obstinada en matar a su propia gente”

Este artículo es otro acto de protesta para visibilizar la labor invisible de tantas mujeres que crearon y sostuvieron el activismo político durante tanto tiempo. Trata sobre las mujeres que ayudaron a romper el silencio sobre los tabúes, crearon organizaciones inclusivas y se manifestaron por millares. Trata sobre el trabajo y el amor que quedan sin documentar en la historia y que se borran y olvidan cuando los políticos corruptos resurgen como tiranos victoriosos. También es un acto de protesta contra el hecho de volvernos invisibles como migrantes y la tarea diaria que hacemos para apoyarnos las unas a las otras, aspirando a volver a estar juntas algún día aunque sea en un lugar nuevo.

¿Qué ocurrió?

A menudo me pregunto cómo puedo explicar lo que ocurrió a la gente de aquí, de Barcelona, a los nuevos amigos que se interesan y quieren saberlo. Por teléfono, mi amiga me dice -cínicamente- que empiece a partir de 1943, cuando el Líbano obtuvo la independencia de Francia, y que siga hasta el 4 de agosto de 2020, cuando el puerto explotó con 2.750 toneladas de nitrato de amonio. Pero, por supuesto, explicar esa historia sería demasiado largo y agotador. Creo que basta con detenerse en tres momentos recientes, que ilustran la compleja historia de este pequeño país. El primer momento que me viene a la mente es la llama de esperanza y desafío que se apoderó de las calles del país, de norte a sur, en octubre de 2019. Cuando terminó la guerra civil en 1989, los señores de la guerra se concedieron la amnistía por los crímenes de guerra y se dispusieron a gobernar el país utilizando el Estado como su propiedad privada. Treinta años de corrupción habían erosionado la confianza pública y provocaron una oleada de protestas generalizadas sin precedentes que cristalizó en una revolución

contra «todos ellos» (*kellon yaaneh kellon*). Este «todos ellos» en conjunto era más que un eslogan potente, era una acusación de responsabilidad compartida de los hombres que se habían hecho cargo de un país y que lo hundieron. En ese momento, esta revolución sirvió de alivio para una nación deprimida y despertó en nosotras la oportunidad de expresarnos, permanecer unidas e imaginar el Líbano que queríamos.^[1]

No pasó mucho tiempo antes de que «todos ellos» arremetieran contra manifestantes pacíficos con su experiencia tiránica para oprimir, golpear violentamente, arrestar y poner en marcha una contrarrevolución unificada. También me viene a la mente otro momento, en enero de 2020, cuando nos dimos cuenta de que el sistema bancario se había derrumbado y se había llevado consigo todos nuestros ahorros y robado la pensión de nuestros padres para la que tanto habían trabajado. Esto fue la culminación del robo de «todos ellos» durante tanto tiempo, lo que condujo a la suspensión de pagos de los bancos y a una deflación monetaria del 90 %.^[2] Mientras veíamos cómo desaparecían nuestros ahorros, se calcula que el 80 % del país cayó en la pobreza, justo en el momento en que llegó la COVID-19. Los suicidios pasaron a ser algo diario para padres que no podían alimentar a sus familias. Hogar de más de un millón de refugiados, el Líbano, como país no signatario de la Convención de Ginebra, no contaba con una red de seguridad ni para los ciudadanos ni para los refugiados. También había gestionado mal los recursos que le habían proporcionado las agencias de la ONU para paliar el sufrimiento tanto de los refugiados como de las comunidades de acogida.

“Tenemos una nación destrozada que ha obligado a cientos de miles de personas a migrar; ha desplazado a las mujeres que fueron tan importantes para generar esperanza”

El momento final llegaría meses después de que nos hubiéramos aislado dentro de nuestras casas. Poco antes de las 6 de la tarde del 4 de agosto de 2020 el puerto de Beirut explotó y mató a más de 220 personas, hirió a 6.000 y destruyó 300.000 hogares, escuelas, hospitales y pequeños negocios.^[3] Este año se ha cumplido el cuarto

aniversario de este trauma colectivo masivo y ni una sola persona ha ido a juicio o a la cárcel. De hecho, al igual que en la posguerra, hoy parece que los criminales y los responsables son más fuertes que nunca y se dedican a obstruir la justicia, se niegan a elegir un presidente y eluden todas las reformas que ayudarían a la recuperación de la economía. Esto nos lleva al momento actual de una nación destrozada que ha obligado a cientos de miles de personas a migrar y, por tanto, ha desplazado a las mujeres que fueron tan importantes para generar esperanza.

Politizar la esperanza y la desesperación

Las mujeres del Líbano -libanesas o no libanesas- han estado históricamente al frente de la lucha por la igualdad de derechos, la mitigación de conflictos y la movilización colectiva. El sistema político libanés perjudica sobre todo a las mujeres, que siempre han sido las que más tienen que perder si se imponen los señores de la guerra. Sin derecho a transmitir la nacionalidad a nuestros hijos, sin sistema judicial civil, sin igualdad de derechos laborales y sin leyes que nos protejan de la violencia, por supuesto no tuvimos más remedio que autoorganizarnos. En los últimos años, miraras donde miraras fuimos nosotras quienes nos unimos para protestar levantando tiendas de campaña, turnándonos para cuidar de los niños, cortando carreteras y elaborando una narrativa que incluyera nuestros derechos en la revolución que se estaba produciendo.

Durante la COVID-19 y la fallida financiera, fuimos nosotras quienes establecimos redes de apoyo, recaudamos fondos para salvar a estudiantes y compañeros del desahucio y rompimos el silencio sobre el aumento de la violencia de género. Tras la explosión, tardamos menos de un día en movilizarnos para lograr ayuda por toda la ciudad. Se nos podía ver con escobas para limpiar cristales, asistir a funerales públicos y recoger los restos de negocios, escuelas y hospitales locales. La esperanza era un proyecto político tejido con fragmentos de cocreación y movimiento, y el deseo de no caer en una tristeza insuperable. Era una estrategia para desafiar aquello que nos decían que era imposible. Pero lo que era cierto para la esperanza también resultó ser cierto para la desesperación.

En la investigación que estoy realizando con activistas feministas en la migración, el sentimiento más repetido es algo que me dijo una antigua compañera: «Éramos tan ingenuas... espero no volver a ser ingenua nunca más». Durante mucho tiempo, interpreté erróneamente la desesperación como una retirada y un punto final. Pero al escucharla con atención, me di cuenta de que la política de la desesperación puede ser un potente mecanismo de supervivencia. Las mujeres libanesas no son tan ingenuas para pensar que pueden derrotar a una máquina de matar. Sabíamos cuándo protestar y sabíamos en qué momento la protesta caía en saco roto, y nos retirábamos prudentemente para proteger nuestro bienestar y el de nuestros seres queridos. «Tenía sentido que saliéramos a la calle todas juntas, pero cuando vi a tanta gente herida y sangrando, para mí también tuvo sentido quedarme en casa por el bien de mis hijos», me contaba mi amiga.

“Las mujeres no tuvimos más remedio que autoorganizarnos. Miraras donde miraras fuimos nosotras quienes nos unimos para protestar, cuidar de los niños y crear una narrativa para defender nuestros derechos”

Esta retirada de la confrontación política trajo consigo tres elementos de la migración que destacan en nuestras experiencias. En primer lugar, está la migración física lejos de una esfera pública que literalmente intenta enterrarnos vivos.^[4] Esto implica una primera etapa en nuestro proceso migratorio que se centra en nuestra corporeidad como primer paso para recuperar la sensación de control sobre nuestros cuerpos. «Cada vez que nos disparaban volvía a sentir que mi dignidad se resquebrajaba por estar en peligro mientras exigía pacíficamente que esos hombres respondieran por sus actos», dijo mi amiga de forma muy elocuente. En segundo lugar, está la migración psicológica de unos ideales que ya no nos servían como individuos ni como colectivo. Personalmente, sentía la responsabilidad de cambiar mi narrativa porque me preocupaba que mis alumnos continuaran protestando por una causa perdida. Como dijo mi compañera, «se han quemado y destruido tantas cosas que no podría vivir

conmigo misma si otro chico o chica es arrastrado a un interrogatorio policial». Esta migración psicológica trajo consigo una nueva voz política que poco a poco fue dando sentido a la enorme pérdida que habíamos sufrido, tanto moral como financieramente. En tercer lugar, está el acto de migrar geográficamente fuera del país. No conozco a una sola mujer que describa esta migración como voluntaria. «Nos empujaron a marcharnos, sé que tengo la suerte de estar viva y de tener este privilegio, pero me siento desplazada e incluso después de tres años no me siento parte de este nuevo lugar que habito», afirma mi amiga.

El día a día

Tengo que ser sincera: me encanta vivir en Barcelona y esto es algo único entre mis amigas que se trasladaron a otros lugares del mundo. No me siento forastera, aunque sé que no soy de aquí. Y tampoco me siento excluida. Digo esto para explicar que, para mí, este artículo no trata de cómo me siento fuera de mi lugar y cuánto echo de menos mi hogar, aunque lo hago. En cambio, quiero explicar la experiencia cotidiana de esta migración física, psicológica y geográfica que hemos tenido que emprender para mantener nuestro bienestar físico y, poco a poco, trabajar por nuestro bienestar mental y nuestra recuperación. El hecho de marcharnos nos ha quitado muchas cosas: no solo tenemos que ver desde lejos cómo nuestros padres envejecen, echar de menos a nuestros hermanos y ser testigos del deterioro del país, sino que además esto lo hacemos sin que nos quede aliento para gritar.

“Hemos tenido que emprender una migración física, psicológica y geográfica para mantener nuestro bienestar físico y, poco a poco, trabajar por nuestro bienestar mental y nuestra recuperación”

En el Líbano éramos activistas (luchadoras), enfermeras, profesoras, actrices, hermanas e hijas. En la migración somos un individuo, no un colectivo, que intenta

orientarse por interminables laberintos de burocracia sobre los que no tenemos ni voz ni voto. Nuestras carreras profesionales dan un paso atrás, ya que tendemos a aceptar cualquier trabajo que nos permita mantenernos a flote. La migración nos aísla y personaliza nuestras experiencias. Lo que solíamos hacer colectivamente ahora debemos resolverlo nosotras individualmente.

Este monográfico de la revista *Por la Paz* está dedicado a la movilización de las diásporas, pero no sé qué tipo de diáspora constituye nuestra generación de activistas feministas. No estoy segura de que volvamos a trabajar colectivamente para intentar democratizar el Líbano ni que esta sea la mejor opción para nuestra seguridad y bienestar. Tampoco estoy segura de que ese objetivo merezca dedicarle toda una vida. De lo que sí estoy segura es de que sobrevivimos a lo impensable y de que en la migración —al igual que en el Líbano— las semillas del consuelo y la curación vendrán de nosotras mismas y para nosotras, y eso me hace seguir adelante en mi día a día. También estoy segura de que nuestra lucha no es única y de que hay innumerables mujeres como nosotras y de que nuestros nuevos hogares en la migración también nos necesitan; tenemos una perspectiva sobre la acción colectiva y de cómo navegar por la geopolítica que nos hace ver el mundo de forma multidimensional. Podemos contribuir a la paz y a la recuperación, pero quizá no podamos cumplir con los objetivos de una nación tomada como rehén por criminales corruptos. El tiempo lo dirá.

[1] Para más información sobre la salud mental y la revolución en el Líbano, véase «Revolution Soothes a Depressed Nation» de Carmen Geha en *The New Arab*, publicado en diciembre de 2019.

[2] Véase: Parlamento Europeo, «Situation in Lebanon: Severe and Prolonged Economic Depression».

[3] Véase: Human Rights Watch, «They Killed us from Within».

[4] Véase «The Feeling of Being Buried Alive», de Carmen Geha en *The New Arab*, de agosto de 2020.

Este artículo ha sido traducido del original, en inglés. El artículo fue escrito antes del ataque israelí en el Líbano y del inestable alto el fuego que se produjo en diciembre de 2024.

Sobre la autora

Carmen Geha

Activista política y experta en participación política y económica de las mujeres, políticas de refugio y acción colectiva en Oriente Próximo y el norte de África. Es doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad de Saint Andrews (Escocia), investigadora docente de género y globalización en el Instituto de Estudios Internacionales de Barcelona (IBEI) y asociada en Chatham House.

También es becaria no residente en el Árabe Reform Initiative y asesora del programa de participación política de las mujeres. Fue becaria Maria Zambrano en la Universidad Pompeu Fabra, profesora asociada titular en la Universidad Americana de Beirut, becaria Fulbright en la Universidad de Harvard, investigadora visitante en el Instituto de Estudios Avanzados y en el Instituto Watson de la Universidad de Brown. Actualmente es cofundadora y directora gerente de Soltara Consulting, una red de consultoría especializada en diseño de estrategia, desarrollo de liderazgo y movilización de conocimiento para políticas y prácticas inclusivas.

Fotografía

Explosión en el puerto de Beirut, Líbano, 2020. Autor: Ali Chehade Farhat.

ARTÍCULOS CENTRALES

El exilio siriano: Del «hagamos algo» al «¿qué se puede hacer?»

Marcelle Shehwaro

Activista, feminista y escritora siria

El mes de marzo de 2024 marcó el final de mi décimo año de exilio de Aleppo, Siria, mi ciudad natal. Fui detenida durante varias horas el 17 de marzo de 2013 y, en la mañana del 18 de marzo, abandoné Siria, consciente de que cualquier intento de regresar podría comportar mi asesinato o, como mínimo, un encarcelamiento prolongado. Había pasado la mayor parte de mis treinta años viviendo dentro de un círculo geográfico y social relativamente concentrado alrededor de mi ciudad, que carecía de diversidad en términos de clases, sectas y religiones, excepto durante los años de la revolución. Mi decisión involucrarme en la Primavera Árabe mediante manifestaciones, escritos y participando en la organización política me comportó más de un año de persecución, previo a que finalmente huyera del país. Crucé a Turquía a través de las fronteras entonces abiertas, en dirección a la ciudad turca de Gaziantep.

Ya desde el principio percibí el profundo impacto emocional por haber sido desarraigada por la fuerza de mi país. Para afrontar el dolor de este desarraigo, me aferré a la creencia de que mi exilio era temporal: que no sería de años, sino de unos pocos meses. Seguí los acontecimientos políticos a través de una lente tanto analítica como personal, considerando lo que cada cambio podría significar para mi regreso. Durante esos primeros años de exilio, no tenía ni el deseo ni la energía para integrarme en mi nuevo entorno. El resentimiento local hacia los refugiados tan solo profundizó mi sentido de alienación. No aprendí turco ni hice ningún esfuerzo por tender puentes o construir relaciones. Tan solo esperaba regresar a casa.

Para resistirme a aceptar que estaba exiliada, seguí considerando que mi papel como activista, feminista y escritora no había cambiado. Me comportaba como si mi conexión con Siria (sus calles, su discurso público y mi acceso al conocimiento, la información, la historia oral y las observaciones) no hubiera cambiado. Negué las limitaciones de mantener solamente una relación virtual con mi país y las limitaciones políticas derivadas. En los raros momentos en que reconocí que estaba en un país diferente, bajo diferentes formas de opresión, rápidamente ahugué este reconocimiento, convencíendome de que mi exilio era temporal. Estaba convencida de que regresaría a Siria y que tan solo era cuestión de tiempo.

“Desde el principio me di cuenta del profundo impacto emocional de haber sido desarraigada por la fuerza de mi país y me aferré a la creencia de que mi exilio era temporal”

Me negué a aceptar el resultado más probable de que no volvería a vivir en Siria hasta después del implacable asedio y bombardeo de Aleppo por parte del régimen sirio, que finalmente cayó a finales de 2016. Creo que aquello fue el inicio de la comprensión de mi propio exilio.

El exilio intensificó la limitación de las opciones políticas en la relación con mi país. Quiero vivir en mi país, pero moriré si regreso. Esto crea una elección imposible entre la vida y la patria. Después de priorizar la vida antes que el regreso a Siria, la culpa, más que el cambio político, se convirtió en la fuerza impulsora de gran parte de mi activismo político en las primeras etapas del exilio.

La culpa es intensamente egocéntrica, incluso cuando se expresa en términos del bien de «los que dejamos atrás». A menudo asigna responsabilidades sobrehumanas al individuo para salvar a otros. Impulsados por el peso de la culpa, gravitamos hacia acciones que prometen impactos positivos inmediatos, favoreciendo soluciones directamente efectivas a corto plazo y, en lugar de estrategias a largo plazo. Por lo general, no se trata de esfuerzos políticos o culturales, sino de trabajo humanitario.

En consecuencia, muchos activistas de la revolución siria, incluida yo misma, pasamos de la resistencia política contra la guerra y diversas ocupaciones de Siria, y de cultivar una visión política para un futuro más democrático, digno y justo, a centrarnos principalmente en los esfuerzos humanitarios inmediatos. Sin embargo, la culpa no fue el único motivo de este cambio. La gravedad de la guerra, el colapso de los apoyos esenciales de la vida cotidiana de nuestro pueblo y la admisión, a veces no reconocida, de la derrota de las revoluciones árabes y la supresión de las demandas de liberación de los pueblos también desempeñaron papeles importantes.

**“Quiero vivir en mi país, pero moriré si regreso.
Esto crea una elección imposible entre la vida y
la patria”**

«Los que hemos sobrevivido debemos hacer algo»

Esto surgió como el lema para aquellos que todavía teníamos la energía para resistir, mientras que muchos otros en el exilio se retiraron del activismo público hacia la salvación personal o hacia el nihilismo. Nuestros medios de resistencia se limitaron a esfuerzos humanitarios o a rehacer protestas parecidas a la Primavera Árabe, pero desde nuestros países de acogida. Estas manifestaciones, que se hacían eco de las canciones y cánticos de los primeros días de la revolución, transmitían una cruda honestidad cuando se expresaban en las calles de nuestros países de origen mientras intentábamos recuperarlas de la opresión política. En cambio, en los países extranjeros, nuestras protestas a menudo pasaban desapercibidas, los transeúntes locales eran indiferentes, a veces incapaces de diferenciar nuestras banderas de las de otras naciones. Estas protestas representaron una mezcla de nostalgia y una fuerte afirmación de que, a pesar de nuestro exilio, seguíamos conectados con ese valiente y digno capítulo de 2011. Sin embargo, con el tiempo, gradualmente empezamos a reconocer, al menos ante nosotros mismos, que las manifestaciones a pequeña escala en nuestros países de acogida no eran el medio más eficaz para mantener nuestra lucha política en la diáspora.

Ante las situaciones catastróficas en curso, hacer una pausa para reflexionar sobre este «hacer algo» podría considerarse un lujo. No hay tiempo para contemplar nuestras complejas circunstancias, a pesar de saber que las únicas soluciones a nuestros complejos desafíos políticos exigen una reflexión profunda, un lujo que percibimos que no podemos permitirnos.

La prisa por elegir métodos de resistencia, o la retirada total, entre los activistas exiliados viene acompañada de muchas premisas falsas. Presupone una diáspora homogénea entre los exiliados políticos, que esta diáspora desempeña roles similares o unificados, independientemente de las diferencias geográficas, los niveles de opresión política y racial y la concentración de refugiados en cada país. Pasa por alto el paso del tiempo que, invariablemente, altera nuestras relaciones con el país y su dinámica.

“Con el tiempo empezamos a reconocer que las manifestaciones a pequeña escala en nuestros países de acogida no eran el medio más eficaz para mantener nuestra lucha política en la diáspora”

Ahora se requiere más esfuerzo y tiempo para acceder y comprender el conocimiento local que no está escrito. Antes éramos la comunidad local, pero ya no. Hace una década, podía medir sin esfuerzo la relación entre el salario de un empleado sirio y el precio de una barra de pan. Ahora, necesito convertir estas cifras a dólares de una manera nada intuitiva para entender un hecho tan básico. Sin admitir que he vivido en dos países diferentes fuera de Siria (Turquía y Estados Unidos), cada uno con papeles potencialmente diferentes para mí. Sin aceptar que llevo diez años fuera de Siria y que la Siria que conocía ha cambiado significativamente. Sin admitir, tampoco, que tal vez nunca regrese y que tenga que hacer de un nuevo país mi hogar durante tanto tiempo como viví en Siria, sigo estancada en mis métodos de resistencia, dominados por la certeza más que por el diálogo. Corremos el riesgo de quedar atrapados en la repetición de programas y métodos, en lugar de escuchar realmente y formar nuevas demandas

colectivas.

¿ En la batalla por la liberación qué se podría a largo plazo? ¿Personalmente, cuál es mi rol ? ¿Qué necesita el país en su nuevo contexto político? Estas son preguntas necesarias pero que se hacen poco.

¿Qué pasaría si reconociéramos que los métodos tradicionales de lucha no violenta no han conseguido proteger vidas ante genocidios en conflictos desde Yemen hasta Sudán, Palestina y Siria? Y admitir, además, que la resistencia armada tampoco ha mejorado la vida de la gente. Y que nosotros, a pesar de nuestras diferentes perspectivas, desde personas de izquierdas y feministas hasta defensores de los derechos humanos, nos enfrentamos a una derrota ideológica y humanitaria. Que nuestros diversos métodos de resistencia se han vuelto insuficientes para ofrecer cualquier esperanza política de un futuro más justo.

“¿Qué pasaría si reconociéramos que los métodos tradicionales de lucha no violenta no han conseguido proteger vidas ante genocidios, y que la resistencia armada tampoco ha mejorado la vida de la gente?”

¿Qué pasaría si pasáramos de la mentalidad de «hagamos algo», válida ante la urgencia de la pérdida de vidas, a preguntarnos «¿qué se puede hacer?» De la certeza a la humildad y la incertidumbre. ¿Si aceptáramos que la siguiente fase de nuestra lucha en la diáspora depende en gran medida de la experimentación y el replanteamiento colectivo, yendo más allá de la obligación de actuar para explorar nuevas formas de lucha? Este cambio podría allanar el camino para enfoques más estratégicos e intencionales de nuestras luchas por la liberación.

¿Qué se puede hacer para apoyar a nuestro pueblo tanto dentro como fuera del país?

¿Cómo podemos dar forma política a demandas y mensajes sin eclipsar las voces de quienes están dentro del país, sin marginarlos o simplificar sus experiencias tratándolos como si fueran un grupo monolítico?

Al reconocer nuestros privilegios en los países de asilo, es crucial no ver esto como una jerarquía de sufrimiento, sino como una forma de responsabilizarnos de nuestro papel y del espacio para nuestra voz. Con el tiempo, muchos de nosotros aprendemos las múltiples lenguas de la globalización y obtenemos un mayor acceso a las universidades, la prensa y las plataformas de alcance global. Ya sea de manera intencionada o no, a menudo somos vistos como el modelo del «buen inmigrante». En medio de esto, ¿cómo podemos utilizar estas ventajas para abogar por mejores derechos para todos, tanto dentro como fuera de nuestra patria? ¿Cómo podemos amplificar sus luchas sin apoderarnos de las voces de quienes carecen de medios de comunicación, internet o electricidad, y tienen oportunidades limitadas para viajar y participar?

Los derechos a la vida y a la dignidad de quienes viven en nuestros países no son ni más ni menos importantes que los nuestros: son igualmente fundamentales en nuestra búsqueda colectiva de tierra, justicia y democracia. ¿Cómo garantizamos que nuestro enfoque siga siendo lo más popular posible? ¿Estamos escuchando adecuadamente a aquellos con quienes compartimos nuestra lucha, en particular a aquellos que permanecen en condiciones de vida catastróficas?

“¿Cómo podemos dar forma política a demandas y mensajes sin eclipsar las voces de quienes están dentro del país, sin marginarlos ni tratarlos como un grupo monolítico? ¿Cómo garantizamos que nuestras luchas sigan siendo lo más populares posible?”

¿Qué se puede hacer de manera colectiva y significativa en línea, más allá de tendencias e *influencers*?

Nuestro activismo en la diáspora a menudo corre el riesgo de caer en la trampa del neoliberalismo debido a su dependencia forzada de las redes sociales y los espacios virtuales, lo que puede llevar a la mercantilización de temas para hacerlos más comercializables. El activismo puede adquirir un tono altamente individualista que resulta atractivo para el marketing en plataformas como TikTok e Instagram, transformándonos de miembros de un movimiento colectivo en personas influyentes individuales seguidas como si fueran celebridades pop y convirtiendo nuestras causas en tendencias competitivas. Retirarse de los espacios virtuales, sin embargo, parece menos eficaz para resistir esta tendencia hacia fenómenos dominados por los *influencers*.

¿Cómo podemos aprovechar al máximo los espacios de comunicación virtuales a pesar de sus limitaciones y evitar la retórica o generar demandas que impongan cargas adicionales a aquellos a quienes pretendemos apoyar? ¿Cómo podemos pertenecer a los movimientos participando como uno más entre muchos activistas y no como el único?

¿Qué se puede hacer para fomentar la mayor acción colectiva posible?

Deberíamos empezar por reconocer que hemos perdido el acceso a nuestras calles y la capacidad orgánica de organizarnos con nuestras comunidades de origen. Una vez que aceptemos esto, deberíamos aspirar a ampliar nuestra definición de comunidad, adoptando un enfoque más interseccional. En Alepo podría haberme organizado en mi barrio, en mi calle o en mi universidad. En Nueva York puedo construir sororidad y alianzas con personas más allá de nuestra identidad nacional, y unirme en torno a un movimiento de liberación global. El desafío es aceptar que, para nosotros, la naturaleza de nuestro colectivo ha evolucionado en la diáspora. A partir de esta aceptación, debemos esforzarnos por contrarrestar el individualismo y, en su lugar, forjar un colectivo nuevo e intencional.

¿Qué recursos tenemos a nuestra disposición para pensar colectivamente en tiempos de derrota y genocidio generalizado, en lugar de simplemente organizar otra protesta o conmemorar eventos como el Día de la Mujer, el Día de los Derechos Humanos y el aniversario de la revolución?

“Debemos seguir comprometidas con nuestros países de origen, asegurándonos de que nuestras luchas e historias sigan siendo visibles y activas; al mismo tiempo, es esencial sumergirnos en los paisajes políticos de nuestros nuevos países, abogando por nuestros derechos y formando alianzas con movimientos locales”

¿Qué se puede hacer? Esta pregunta debería guiarnos. ¿Cómo podemos crear espacios para imaginar de manera colaborativa respuestas creativas para esta pregunta?

¿Qué se puede hacer dentro de los espacios políticos de nuestros nuevos países como refugiados?

¿Cuál es nuestro papel hoy como refugiados, no solamente para el cambio político en nuestros países de origen, sino también en nuestros países anfitriones, que se están volviendo cada vez más hostiles hacia las personas refugiadas? ¿Cómo podemos equilibrar esto con nuestra preocupación por los derechos de nuestra patria? ¿Cómo podemos desempeñar un papel en la creación del cambio, no a través de la asimilación y la conformidad, sino a través de la resistencia y el enriquecimiento de la diversidad?

Para lograrlo, debemos cultivar un doble enfoque en nuestro compromiso político. Debemos seguir comprometidas con los problemas de nuestros países de origen, asegurándonos de que nuestras luchas e historias sigan siendo visibles y activas. Al mismo tiempo, es esencial sumergirnos en los paisajes políticos de nuestros nuevos países, abogando por nuestros derechos y formando alianzas con movimientos locales.

Esto requiere aprender los sistemas políticos, comprender los problemas locales y encontrar puntos en común con los grupos activistas. Es crucial trabajar activamente para exigir que estos espacios activistas sean más inclusivos y apoyen a los refugiados.

¿Qué se puede hacer?

Está bien admitir que ante la opresión masiva que estamos presenciando actualmente en el mundo, la respuesta a lo que se puede hacer no es clara ni concreta. En mi país, Siria, el régimen ha sido tan fascista que cientos de miles de personas han sido asesinadas, cientos de miles siguen desaparecidas y millones han sido desplazadas a países abiertamente xenófobos. Dentro del país, la gente es bombardeada y atacada. Cinco países diferentes ocupan diferentes regiones de Siria, junto con muchas milicias extranjeras. Gran parte de nuestra población todavía se encuentra en campos de refugiados y muchos viven por debajo del umbral de pobreza.

Está bien si nosotros, los recién exiliados, no tenemos una respuesta clara ante estos desafíos en constante cambio. Siempre que nos resistamos a hundirnos en la apatía política, el nihilismo y la rendición total ante las injusticias del mundo. Siempre que mantengamos viva esa pregunta, con humildad, curiosidad, compasión y coraje. Sigamos preguntándonos, una y otra vez, ¿qué se puede hacer?

Este artículo ha sido traducido del original, en inglés. Este texto ha sido escrito antes de la caída del régimen en diciembre de 2024.

Sobre la autora

Marcelle Shehwaro

Marcelle Shehwaro es activista, feminista y escritora de Alepo, Siria. Tiene un máster en escritura creativa de no ficción de la Universidad de Columbia y actualmente trabaja en el proyecto de un libro en el que explora su activismo y participación en la revolución siria de 2011. En 2015, su serie en línea "Despachos desde Siria", que ofrece perspectivas

sobre su vida y activismo en Aleppo, recibió el Premio de Periodismo en Línea (categoría de Comentario en Línea).

Marcelle es cofundadora y presidenta de la campaña "Do not suffocate the truth", dedicada a ayudar a los sobrevivientes de ataques con armas químicas y que desafía activamente el negacionismo con respecto al uso de armas químicas por parte del régimen de Assad. Ha enseñado Escritura universitaria en la Universidad de Columbia y una serie de clases de escritura creativa en línea para mujeres dentro de Siria. Colabora con la publicación siria al-Jumhuriya y ha publicado ensayos en Global Voices ADI Magazine y Heinrich Boell. También ha aparecido en varios libros sobre la revolución siria.

Fotografía

Taller de arpilleras de la actividad «Cuerpos Gramaticales» con la diáspora colombiana en Barcelona, 2017. Autora: Ingrid Guyon.

ENTREVISTA

Entrevista con Zoya Miari, refugiada palestino-ucraniana

Eugènia Riera Casals

Instituto Catalán Internacional para la Paz

Hija de padre palestino y madre ucraniana, Zoya Miari creció en un campo de refugiados palestinos de Líbano donde los enfrentamientos armados y los bombardeos eran constantes. En 2021, en medio de una escalada de la violencia, la familia decidió emigrar a Ucrania en busca de un futuro más esperanzador. Al año siguiente, en 2022, Rusia invadió el país vecino y estalló la guerra. Zoya y su familia emigraron de nuevo, esta vez a Suiza. En este periplo ha vivido en primera persona un trato desigual en función de su origen: el estigma como refugiada palestina y la empatía como refugiada ucraniana. Con el objetivo de romper estereotipos y falsas narrativas, con 22 años ha creado el proyecto «Waves to Home» y se ha erigido como Embajadora de Paz de la cumbre One Young World, en un camino de lucha y resiliencia.

Te has convertido en refugiada dos veces y has vivido una doble experiencia. Dices que una parte de ti, como refugiada ucraniana, recibe empatía y compasión, mientras que la otra parte, como refugiada palestina, está siendo deshumanizada. ¿Cómo vives esta dualidad y por qué crees que sucede?

Sí. Siempre he sentido un conflicto interno por esta doble moral. Si me presento a los demás como ucraniana, les resulta fácil ser empáticos. Cuando decidí mudarme a Suiza después de huir de la guerra de Ucrania, en solo diez días recibí el estatus de refugiada, lo que me permitía trabajar. ¡En solo diez días! Por primera vez en mi vida, me permitían trabajar. Nunca antes había sucedido en el Líbano.

Aquí resulta vital la función de los medios de comunicación e Internet. Los medios occidentales han humanizado mi parte ucraniana a través del lenguaje que utilizan, al tiempo que los mismos medios deshumanizan mi parte palestina. Hablan de niños palestinos muertos, y no dicen quién los ha matado ni tampoco lo llaman genocidio. Así, pues, me pregunto: ¿cómo es posible que me vean diferente si soy el mismo ser humano? Solo porque tenga un pasaporte u otro, ¿este hecho puede dictaminar mi vida?

Tenemos que aprender de la forma cómo se ha tratado a los refugiados ucranianos para tratar a otros refugiados en el mundo, ya sean de Palestina, el Congo, Sudán o cualquier otro lugar.

**Entonces, ¿actúas para transformar estos lenguajes y las visiones mayoritarias?
¿Cómo lo haces?**

Hay tantos estereotipos sobre los refugiados, como que son pobres o incultos, y quiero cambiar la narrativa. Creo sinceramente en el poder de contar historias. Cuando llegué a Suiza, viví con una familia suiza. Ellos me dijeron: «Zoya, tienes una historia poderosa, tienes que compartirla.» Así, pues, comencé a compartir mi historia en escuelas y más adelante llegó a periódicos, conferencias, etc.

Descubrí que contar historias conecta a las personas entre ellas como seres humanos. Hacía que me vieran como un ser humano en lugar ver de todas estas identidades. Descubrí el poder de contar historias y he utilizado esta herramienta durante los últimos dos, tres años.

**“Descubrí que contar historias conecta a las
personas entre ellas como seres humanos.
Entonces me veían como un ser humano en lugar
ver de todas mis identidades”**

¿Tu proyecto Waves to Home también tiene este propósito? ¿Cómo surgió?

En 2022, tras escapar de la guerra en Ucrania, participé en la cumbre mundial para líderes jóvenes One Young World. Fue la primera vez que conecté con personas palestinas procedentes de Palestina. Nunca había tenido amigos de Palestina, porque a ellos no se les permite venir al Líbano y a nosotros no se nos permite ir a Palestina.

Hablamos sobre nuestras historias, nuestras luchas y nuestras definiciones de hogar. Sentimos una conexión genuina y profunda porque creamos un lugar seguro donde ser vulnerables y hablar para compartir el dolor que cargamos como personas refugiadas, migrantes o desplazadas. Había tanto poder dentro de nosotros mismos; muchas personas en todo el mundo lo necesitaban.

Así es como creamos este movimiento global de narración de historias, Waves to Home, que comenzó con refugiados y migrantes de diferentes partes del mundo que hablaban de sus historias y las compartían de una forma resiliente. En lugar de que este dolor nos paralice y nos convierta en víctimas en vida, tenemos el poder de contar historias, cambiando la forma en que explicamos nuestras historias al mundo y a nosotros mismos.

“En lugar de que el dolor nos paralice y nos convierta en víctimas, tenemos el poder de contar historias, cambiando la forma en que nos explicamos, al mundo y a nosotras mismas”

¿Qué significa para ti el concepto de «hogar»?

Es una pregunta bonita. Solía preguntármelo a mí misma toda la vida, porque nunca sentí que mi hogar estuviera en el Líbano, Ucrania o Palestina; nunca me sentí como en casa en Ucrania, ya que no había vivido allí toda mi vida, y lo mismo ocurre con Palestina. Nunca he estado en Palestina porque, como refugiados palestinos, nunca se nos permitió ni siquiera visitarla. Por tanto, mi hogar es un lugar que he creado dentro de mí. Es el lugar más seguro y lo llevo conmigo a donde quiera que vaya.

El poder de contar historias también implica presentarte como un actor que puede transformar la violencia en lugar de situarte como víctima.

Sí. Nosotros, los refugiados, todos cargamos dolor, pero este dolor puede usarse de una forma positiva o negativa. Puedo utilizar el dolor para limitarme o para crear otro ciclo de violencia. Por otro lado, puedo utilizar mi dolor y contarme a mí misma una historia que no me limite, sino una historia sobre ser una guerrera y una luchadora. La forma en que usaría mi dolor es para promover la paz. Por lo tanto, en lugar de convertirse en un arma violenta, mi dolor se convertiría en un arma pacífica. He podido crear paz en mi historia por la forma como veo mi propia historia.

**“La forma en la que uso mi dolor es para
promover la paz; se convierte en una arma
pacífica, donde me presento como una luchadora
”**

¿Qué es para ti la «paz»?

Creo que solo podemos hablar de paz si hablamos de justicia, porque la paz y la justicia van juntas. Solo puedo ser embajadora de la paz si lucho por la justicia.

¿Tu trabajo desde la diáspora se centra en tus países de origen (Ucrania y Palestina) o también en tu país de acogida (Suiza)?

Trabajamos en un movimiento global. No solamente cubro mi lado palestino o ucraniano; también trabajamos con narradores de Sudán y otras comunidades. Hay algo en común entre todos los refugiados: nuestras luchas y la forma en que entendemos el dolor de los demás. Si estás luchando por alguien que está oprimido, tienes que luchar por todas las personas oprimidas, y tenemos que mirar a los seres humanos por lo que son como humanos. Los palestinos están siendo deshumanizados y no se les ve como seres humanos que son madres, padres y niños y niñas.

He estado en Auschwitz para aprender sobre la historia y cambiar estas narrativas. Me gusta el mensaje de que «nadie es libre hasta que todo el mundo es libre».

¿Esta también es una forma de luchar contra los discursos polarizadores y de promover el diálogo entre las comunidades?

Esto es muy importante. Cuando comparto mi historia, lo hago sin decir «soy palestina» o «soy ucraniana», porque entonces la gente conecta conmigo a nivel humano, y ese es el poder de contar historias.

Para crear un espacio seguro, comenzamos nuestras actividades con esta pregunta: «¿Quién eres como ser humano sin contarme tus logros o tus identidades externas? Dime simplemente quién eres como ser humano.»

La mayor parte del tiempo, compartimos valores parecidos. Así, pues, esto es lo que puede hacer el contar historias. Nosotros, las personas oprimidas, estamos todas en contra de los regímenes opresivos y de las injusticias. Estamos unidas contra algo más grande que nosotros.

Esta entrevista ha sido traducida de la versión original, en inglés.

Fotografía

Zoya Miari, Autor: Chema Sarri (ICIP)